



MERCENARIA

J. J. VILLARREAL

Contenido

[Dedicación](#)

[Mapa](#)

La taberna

El decapitado

La ciudad

Una librería

El libro

Los runaritas

El contrabandista

La biblioteca

El salón

La bota

El guardia

El escape

Un enfrentamiento

Un hechicero

La cofradía

La invocación

Los espejismos

El recto

El dinero

[Al lector](#)

[Sinopsis](#)

[Otros libros](#)

[Notes](#)

A los viajeros del mundo, aunque sea desde la comodidad del sillón...

MAPA



1. LA TABERNA

DESDE QUE EL mesón del *Catalejo azul* abrió sus puertas hacía veintitrés años, nunca, nadie, jamás había muerto adentro.

Era un edificio de piedra gris, dos pisos, diez habitaciones. En la planta baja, para la fortuna de Quadre Milián el mesonero, la taberna usualmente por las noches se llenaba de los trabajadores de la mina de cobre a media legua de allí.

A Quadre le enorgullecía el récord de cero muertes que tenía su establecimiento. Le parecía de buena suerte, en especial en un pueblo como ese, tan lejano a la capital del reino, en donde la única ley era la espada que cada persona llevaba al cinto. Era un pueblo donde abundaban los hombres, por cuestión de la mina de cobre, y donde abundan los hombres, también el alcohol, el juego, y las cuchilladas.

Incluso tres años atrás, cuando el ex-tuerto Leske y el chaparro Borden iniciaron una riña después de una mala partida de dados (mala para Leske, es decir, pues perdió la poca plata que llevaba en el bolsillo), riña que pasó de dos personas a cuatro, a ocho, a toda la taberna..., nadie salió muerto. Se rompieron huesos, un par de cráneos, varios dedos, y el pobre Leske perdió no solo su plata, sino también su otro ojo (ahora le llaman el ciego Leske).

Pero nadie murió.

Esa es la razón por la que cuando esta tarde fría de otoño se abrieron las puertas dobles de la taberna y entró un hombre bien parecido, fornido, envuelto en una capa marrón, con espada y daga en la cadera y un sombrero con pluma verde a la cabeza, Quadre no imaginó que dicho caballero se convertiría en aquel que rompería su récord.

No, Quadre no era un hombre con mucha imaginación. Su vida entera, la de su esposa y la de sus tres hijos que ayudaban en la cocina giraba en torno al *Catalejo azul*. Por lo tanto, imposible fue que imaginara no solamente que dicho caballero perdería su vida en menos de cinco minutos, sino que además perdería también su hermosa y guapa cabeza.

El hombre dejó su sombrero sobre la mesa de la barra, habiéndose sentado en un banquillo.

—Bienvenido, amigo —le dijo Quadre—. A sus órdenes.

—¿Qué me ofreces? —respondió con voz ronca.

—Vino, aguardiente o ron.

—¿Nada más?

—Mi esposa prepara la cena. Frijoles con queso y una rebanada de pan.

—¿Esto lo cubre? —preguntó al poner sobre la madera tres marcos de cobre.

Quadre no quería contrariar al forastero, que lo miraba muy serio. Sin embargo, en una mesa cercana bebían tres mineros que conocía relativamente bien, y pensaba que en caso de necesitar ayuda, ellos podrían proveerla.

—Eso cubriría la comida, amigo mío. Por un ladís más, el aguardiente, también.

—Por un ladís esperaré por lo menos aguardiente y ron.

Quadre se lamió los labios, lanzó una mirada de soslayo a los tres de la otra mesa, que

conversaban indiferente a él, y dijo:

—Sí, está bien.

—Perfecto. El aguardiente primero.

Entró a la cocina para avisar a su esposa sobre el platillo, y regresó a la barra para servirle la bebida al forastero que miraba atentamente a los comensales a su alrededor.

No estaba llena todavía la taberna, pero pronto lo estaría. Encendería la chimenea, y el humo y el aroma de la cena atraería a, esperaba, unas diez o quince personas más.

Habiéndole servido el aguardiente, el hombre le dio un sorbo y puso un pedazo pequeño de pergamino sobre la mesa.

—Estoy buscando a esta mujer —dijo el forastero.

Quadri se acercó al pergamino. El retrato dibujado era rudimentario, mostraba a una hermosa mujer de cabello largo recogido en una trenza.

—¿La has visto?

—No, mi amigo. No muchas mujeres entran aquí a la taberna, con la excepción de mi esposa y de..., bueno, usted sabe, *otras* mujeres.

—Entiendo. ¿La reconoces?

—No. Nunca la he visto.

—Le dicen *Sombra*.

Quadri entornó los ojos.

—¿La asesina?

—Es una mercenaria y asesina.

—He oído de ella. Un buhonero a veces pasa por el pueblo y cuenta una o dos historias de ella. Lo último que supe fue que asesinó hace poco a un conde, en la ciudad de Arzulia. Solo sé porque el comisario Maine vino y nos contó el otro día.

—Entró a la torre, burlando toda la guardia, y no sé cómo logró entrar en el dormitorio del mismísimo señor, abrió la caja fuerte, sustrajo una bolsa de diamantes de sumo valor, y habría escapado sin más de no ser porque mi señor conde se despertó.

—Por la Diosa Madre —dijo Quadri, pensando en el excelente chisme que podría contar esa noche, cuando el caballero del sombrero se hubiera ya retirado—. ¿Despertó y la encontró allí? ¿A la mercenaria?

—A ella misma —respondió dándole otro sorbo al tarro—. El error de mi señor conde fue haberla confrontado en lugar de gritar por ayuda. Yo, o alguno de los míos, habríamos llegado casi inmediatamente.

—¿En lugar de eso la atacó?

—Algo así habrá sucedido. Pero mi señor conde espadachín no era. Lo encontramos con daga en mano y el corazón atravesado, tirado en el suelo sin vida.

Quadri se besó el dedo índice y anular de la mano derecha y con los mismos dedos se tocó el pecho a la altura del corazón, señal de invocación a la Diosa.

—Madre nuestra, ten piedad —musitó el tabernero.

—¿Sabes cuánto ofrecen por su cabeza?

—No tengo ni idea.

—El alcalde de Arzulia, primo de mi señor el conde, ofrece sesenta talanes.¹

Quadri arqueó las cejas. Ese era el salario de casi dos meses.

—Ni siquiera por mí ofrecen tanto al este —dijo el hombre, aunque más para sí mismo.

—¿Y qué le hace pensar que está ella por aquí? Estamos casi al extremo de la península.

—Vengo rastreándola desde hace tres semanas. Pasó por el pueblo de Zalate recientemente.

Supongo que debió parar aquí, por lo menos para comer algo, pasar la noche, relevar caballo.

—¿Ya preguntó en la posta?

—No. Acabo de llegar. Después de cenar preguntaré allí. Algo te puedo asegurar tabernero, que cuando la encuentre, y la encontraré, le voy a atravesar el corazón igual que ella a mi señor. Vengaré su sangre.

—¿Lo vengarás con la misma aptitud con la que resguardaste a ese maldito y codicioso conde?

El mesonero se sobresaltó al escuchar la voz. Provenía del rincón a la derecha que, por su ubicación, permanecía en penumbra. Una persona estaba sentada a la mesa, cuyo rostro era imposible ver por la sombra, y fumaba una pipa de tallo largo. La voz era grave, segura, suave. La voz de una mujer.

El del sombrero, sobresaltado también, inmediatamente se puso de pie y se llevó la mano derecha al pomo de la espada:

—¿Tú quién eres, maldito hijo del Espectro?

—Mejor que te largues de aquí y dejes de seguirme, si no quieres que te rebane el pescuezo —dijo la mujer.

El hombre desenvainó la espada. El sonido metálico, como un hechizo, produjo un silencio en la cantina.

—¡Enfréntame, perversa! Por el honor del conde, te voy a destripar.

La mujer, perezosamente, se puso de pie. Dio un par de pasos, rodeando la mesa. Quadri la miró por primera vez, porque no recordaba verla entrar. Ni siquiera escucharla.

Era extremadamente hermosa. Cabello castaño largo, que le bajaba por la espalda en una trenza hasta la cintura. Ojos grandes, grises, feroces. Traía puesto un capote grisáceo, el cual echó por detrás de los hombros para dejar ver un cinto ancho de cuero con espada en vaina y por lo menos dos dagas. Bajo el capote, túnicas grises también, llevaba botas de cuero desgastadas y mallas gruesas.

Sin decir más, excepto un grito, el del sombrero se lanzó a la carga.

2. EL DECAPITADO

ALINA ARALUZ DE Oamande desenvainó su espada también.

El hombre que la atacaba, de nombre Busán, había sido hasta recientemente el jefe de la guardia del conde de Arzulia. Por lo visto no perdió su trabajo, sino que seguía bajo sueldo, probablemente asalariado por el vizconde, presuntamente con la encomienda de encontrarla y matarla.

Venía persiguiéndola, según había dicho. La realidad es que ella no huía. Simplemente se dirigía a la ciudad portuaria de Xulde, al suroeste del reino peninsular de Zurmeldán.

Antes de infiltrarse en la torre del conde investigó la guardia que lideraba Busán. También lo espío a él varios días. Era un hombre moderadamente inteligente, que sabía manejar la espada no con técnica, sino fuerza bruta. Fue sargento del ejército por unos veinte años, retirado para tomar el puesto de jefe de la guardia del conde, quien había sido, por cierto, su tío abuelo. Busán era dado a hablar de más. Le gustaba hacer alarde de sus hazañas en el ejército, aventuras que Alina sospechaba eran en su gran mayoría producto de sus ilusiones.

El jefe de la guardia se acercó dando zancadas y levantó el estoque con ambas manos.

La espada de Alina era de buen acero, delgada y con una hoja de unos tres palmos² de longitud. Una espada ligera. Por lo tanto, montó un ataque relámpago lanzándola hacia el frente como si fuera una pica, y alcanzó la barriga de su atacante antes de que él pudiera descender la espada sobre ella.

La punta, sin embargo, no se introdujo en la gordura del hombre como ella hubiera esperado, la única explicación siendo que llevaba cota de malla por debajo de sus túnicas.

La espada de Busán cortó el aire, pero no a Alina, quien esquivó el tajo y dio un par de saltos a la izquierda.

—¡No huyas, hija de los demonios!

¿Huir? No. Para nada. No tenía pensado huir. El plan era matarlo. No le gustaba que le pisaran los talones.

Lanzó una mirada rápida a su alrededor para asegurarse de que solo tenía un contrincante, y que ninguno de los comensales, por alguna razón, decidiera unirse a su enemigo. O peor aún, que Busán tuviera un compinche escondido por allí. No lo creía probable, pero con los años aprendía a siempre estar alerta.

Lo que vio, más bien, fue a un par de hombres poniéndose de pie para alejarse de la zona de combate. El resto miraba la refriega con ojos de entretenimiento. Siendo ella una mujer delgada, y Busán un grandote, probablemente las apuestas en la mente de la mayoría estarían del lado de su rival.

Busán atacó de nuevo, tomando el pomo de su espada con ambas manos, un asalto vigoroso que la tomó por sorpresa. La punta de la espada enemiga la rozó en el cinto de cuero, sin hacerle daño.

Concéntrate, Alina, pensó. Podrá ser un bruto, pero si te descuidas, te mata.

Con la mano izquierda tomo ella un tarro de barro medio vacío y lo lanzó. Busán lo esquivó con facilidad, pero se distrajo apenas lo suficiente y fue atacado, él retrocediendo, asombrado de la rapidez y fuerza de los choques.

Por las puertas entró un joven, de unos veinte años, quien se detuvo a un par de pasos de la entrada y exclamó:

—¡Jefe!

—Maldita sea, Goranto, ¿dónde diablos estabas? —jadeó Busán.

—Preguntando en el establo, como me dijo —respondió el joven, trastabillando.

—¡Deja de decir estupideces y ayúdame!

Alina maldijo. *Dos contra una. Esto se pone más interesante.*

No era, por supuesto, la primera vez que se enfrentaba a dos atacantes. Para nada. Había estado en contiendas en donde las estadísticas y probabilidades de la victoria eran mucho menores. Así que no se sentía desanimada. Solo esperaba que no apareciera un tercero, o un cuarto, porque entonces estaría en aprietos, era un lugar cerrado y con pocas vías de escape. Podría ser rodeada con facilidad.

Tan solo con un vistazo al joven, Gorento, supo que sería un blanco fácil. El pobre ni siquiera había desenvainado, sino que la miraba sorprendido. Posiblemente preguntándose si era ella la que mató despiadadamente al conde, si era ella la que perseguían desde días atrás.

El joven seguía de pie a unos diez pasos. Avanzó rápidamente hacia él. El semblante de Gorento pasó de sorpresa a terror. Llevándose la mano derecha a la empuñadura, logró sacar la espada medio palmo de la vaina.

Alina no sintió remordimiento alguno, ni siquiera piedad, de terminar con la vida de ese muchacho. En los últimos siete años de su vida había matado a más de una docena de personas, hombres y mujeres, aunque nunca niños, y de algunos sentía un atisbo de remordimiento. Después de todo era una mercenaria, y aunque era selectiva con sus blancos, y prefería evitar la violencia de ser posible, cuando entraba en un combate sabía perfectamente bien que era quitar la vida o que se la quitaran.

Puesto que no sabía si Gorento, al igual que Busán, traía cota, le metió la punta de la espada ligeramente por debajo de la nuez del cuello. Después, con el puñal que llevaba ahora en la mano izquierda, lo introdujo por las costillas.

La espada del joven cayó al suelo. Varios de los hombres en la taberna lanzaron juramentos y exclamaciones de sorpresa. Gorento, los ojos bien abiertos, intentó tapar con ambas manos el agujero en su cuello de donde salía sangre a borbotones. Las rodillas se le doblaron y cayó hacia atrás, retorciéndose y gorgoteando.

Busán ya venía hacia ella, sus gritos y juramentos delatando su aproximación. Alina se defendió de la estocada y le dio una patada, con el talón, en la boca del estómago. El hombre, perdiendo el aire, se tambaleó y dio varios pasos hacia atrás. Alina no lo dejó recuperar su aliento, sino que montó ofensiva.

Una estocada diagonal, otra igual, una horizontal. Hizo una finta, y Busán, pensando que el ataque vendría vertical, levantó la espada. De un tajo, Alina le cortó la mano a la altura de la muñeca.

Busán lanzó un alarido al ver que había perdido la espada y la mano. Más gritos de sorpresa en la taberna, un hombre dando arcadas. Con los ojos desorbitados del terror, sabiendo que los últimos granos de arena en el reloj de su vida se terminaban, Busán exclamó:

—¡Piedad! ¡Por la Diosa! ¡Por el rey!

Alina reunió toda su fuerza y, de un tajo, le cortó la cabeza.

3. LA CIUDAD

—¡DIOSA MADRE! —MUSITÓ Quadri el mesonero—. ¡Lo decapitaste!

Alina limpió su espada en la ropa del muerto. Decapitar a un hombre era más difícil de lo que se pensaba. Incluso los verdugos, con hacha recién afilada y el cuello del proscrito puesta en el madero, algunas veces tenían que dar dos o tres golpes para cercenar los huesos del pescuezo. Se necesitaba una mezcla de fuerza y suerte para que el filo pasara justamente en la parte débil del cuello, entre las vértebras.

Alina se acercó a la barra:

—¿Tienes algún bolsón que pueda usar?

—¿Un bolsón? —preguntó el mesonero, que alternadamente miraba al decapitado y al joven en el suelo que había dejado ya de retorcerse.

—Sí, algún tipo de bolsón, de tela o de cuero, para meter la cabeza.

Quadri la miró:

—¿Te..., te llevarás la cabeza?

—Por supuesto que sí, amigo. Ese hombre allí era un criminal. Ofrecen talanes por él.

—¿No era el jefe de la guardia del conde?

—Sí, pero eso no borra sus crímenes.

Era cierto. Cuando investigó a Busán, no batalló en encontrar sus registros criminales. Tres incidentes de robo a mano armada. Sospechoso de asesinar a dos personas. Acusado de violar a tres mujeres, incluyendo una menor de edad. Eso, particularmente, le hervía la sangre. Además de eso, otros seis o siete delitos menores, como comenzar riñas, indecencia pública, violencia, y etcétera.

—Espectros y demonios —dijo el tabernero—. Tanta sangre.

Con eso, salió por la puerta de atrás.

Los hombres de la taberna la miraban diferente. Con respeto y temor.

—Me disculpo por arruinar su cena, caballeros —dijo ella.

—¿Es usted la Sombra? —preguntó uno.

Ella se encogió de hombros.

El mesonero salió y le dio un bolsón de cuero. Alina puso un par de talanes en la barra:

—Por el desastre —dijo ella.

Tomó la cabeza por los cabellos y la echó dentro.

—Con su permiso, señores —dijo al salir.

Lo primero que hizo fue dirigirse al comisariato. El comisario, un hombre regordete, dormía detrás de un escritorio viejo de madera. El lugarteniente, sentado en una esquina, entornó los ojos al verla:

—¿Y usted quién es?

El comisario se despertó sobresaltado.

—Alina Araluz de Oamande, para servirles, señores.

Poniéndose de pie, el comisario dijo, modorrido:

—¿En qué podemos servirle, forastera?

Alina colocó el bolsón en el escritorio.

—Vengo a cobrar una recompensa.

—¿Qué? —respondió el comisario, despertando.

—Aquí adentro encontrarán la cabeza de Busán Altamero.

—¡Qué!

—Y aunque fue jefe de la guardia del conde de Arzulia, encontrarán su nombre en la lista de criminales buscados por el reino. También su descripción, la cual estoy segura coincidirá con la cabeza que traigo aquí.

—Pero, señorita, no tenemos aquí dinero para dar recompensas. Apenas y nos alcanza para nosotros dos. ¿Por cuánto es la recompensa de este, eh, criminal?

—Unos veinte talanes.

—¡Madre! Para empezar, no estoy seguro que lograremos verificar que se trate de quien usted dice que es. Incluso si así fuera, no tengo idea de dónde sacaríamos esa cantidad de dinero. Tendría que consultarlo con el alcalde.

—Con todo el respeto que usted se merece, esto es lo que vamos a hacer. Usted va a sacar la cabeza esta. Luego consultará el registro. Verificará que se trata de la persona que digo. Y me va a escribir un oficio sellado, para que yo pueda cobrar la recompensa en la próxima ciudad a la que me dirija. De lo contrario, vamos a tener aquí un problema, y no estoy segura de cuál sea la mejor manera de resolverlo —agregó poniendo la mano en la empuñadura.

Diez minutos después salió de allí con el oficio bien guardado en sus túnicas.

—::—

La ciudad de Xulde estaba a ocho días de camino a pie. En la siguiente ciudad alquiló un caballo de posta para llegar más aprisa.

Llegó por la tarde. Era la tercera ciudad más grande del reino, y absolutamente bellísima. El castillo era un gigante asentado sobre un monte rocoso cuya ladera descendía hasta llegar al mar. El puerto, el segundo más grande del reino después de la capital de Zurmel, resguardaba decenas de barcos y barquillas. Una ciudad próspera, llena de comercios y comerciantes, con una clase media fuerte. Por sus calles anchas y adoquinadas caminaban hombres y mujeres vestidos de túnicas de diversos colores, las mujeres presumiendo pulseras y collares de oro y plata, los hombres con sombreros de plumas, las cabezas de los viejos envueltas en turbantes que lucían alguna piedra preciosa en el centro.

La ciudad se dividía en distritos. Así que se dirigió al comisariato del noveno, en donde tenía un conocido entre los lugartenientes, y cobró su recompensa sin mucho problema. Contenta con los veinte talanes ahora en su bolsillo, caminó hacia el muelle.

Había pasado los primeros diecisiete años de su vida en las montañas rojas del norte, cerca del pico de Arandu, en la cordillera Alamín. Así que cuando llegó por primera vez a Xulde quedó impresionada no solamente por la belleza de la ciudad, sino por la grandeza del muelle, con esos barcos que, en su adolescencia, le parecían colosos flotantes. Le gustaba el olor del mar, del pescado y mariscos que se vendían por todos lados. Disfrutaba el aire fresco y salado pegándole en el rostro.

Hacerse a la mar, sin embargo, siempre la ponía en extremo nerviosa. Seguía siendo una mujer montanera, y su estómago nauseabundo se lo recordaba cada que zarpaba.

Al sur del muelle todos los días se ponía uno de los grandes mercados de la ciudad, que por cierto había muchos. Se dirigió allí, y se sintió reconfortada al llegar y escuchar esos gritos familiares de los vendedores. En ese mercado, apodado «del muelle» por razones obvias, podía uno encontrar y comprar prácticamente de todo. Ropa de todos los colores y materiales, jarras y jarrones, frutas y verduras, carnes, queso, nueces, vino y ron, mascotas pequeñas que los ricos alimentaban en sus hogares, desde conejos hasta serpientes, piedras preciosas, tanto reales como ficticias, lámparas de todos los tamaños, aceites para cocinar o para untar, hierbas e incienso medicinal, juguetes de madera para los niños...

Pero lo que a Alina más le interesaban eran los libros. Los códices.

Al llegar a la librería de adoni³ Musrum, su corazón se sobresaltó de alegría. No era un tenderete, sino un comercio con su propio local de ladrillo de barro al que se llegaba por un callejón angosto.

Su lugar favorito en la ciudad. Ciertamente podía encontrar otras librerías en la ciudadela, incluso más grandes y con más variedad. Pero ninguna como esta. Nadie tenía la misma calidad de libros, libros raros y exóticos, libros nuevos, libros prohibidos, incluso libros secretos.

Corrió la cortina y entró.

Aspiró el olor a pergamino y papiro viejo.

Ahhh, pensó. Prefiero este olor al del vino añejo.

El lugar estaba atiborrado de códices y pergaminos. Los libreros llegaban hasta el techo del pequeño lugar, y no cabía ni uno solo más, incluso parecían estar a una hoja de venirse abajo. Caminar era difícil por las pilas de códices y los jarrones con pergaminos en el suelo.

Detrás de uno de esos pilares se asomó adoni Musrum.

—¡Bendita ungida! ¡Misri⁴ Alina!

—Qué gusto verle de nuevo, adoni Musrum. ¿Cómo ha estado?

—Hundiéndome en libros, como siempre —respondió con una sonrisa que apenas se podía ver debido al enorme mostachón gris que enmarcaba sus labios.

—Como siempre —respondió, regresándole la sonrisa—. Bonito día, ¿eh?

—Caluroso, caluroso, pero corre un poco de brisa agradable.

Adoni Musrum se puso de pie y la saludó con una leve inclinación del cuerpo y la mano en el pecho.

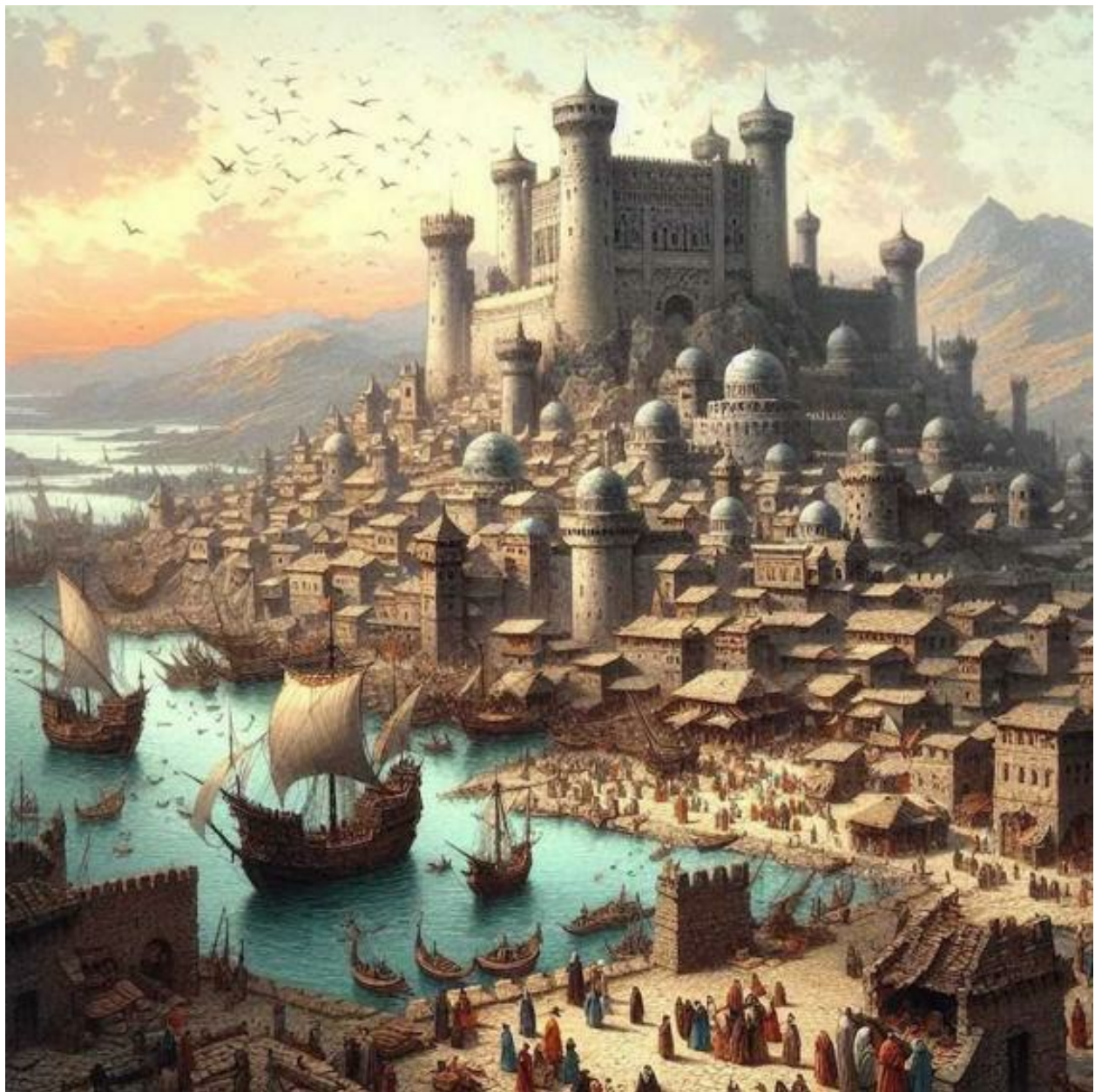
—¿Qué es ese aroma? —preguntó ella, pues no lo reconoció. No era chocolate, que por cierto era una delicadeza relativamente nueva en el reino. Olía como a nuez tostada con un toque de caramelo.

—¡Ah! Es una bebida nueva. Acaba de llegar de las tierras más allá del sur.

—Huele..., interesante.

—Le llaman «oscuro». Te va a gustar. Ven, te daré una taza.

4. UNA LIBRERÍA



Xulde

Adoni Musrum era una de las personas más cultas que ella conocía. Por esa razón lo visitaba con frecuencia, pues con pocas personas hablaba de las cosas que conversaba con él.

Era un hombre viejo, con barriga prominente que frecuentemente tumbaba libros a su paso, esos mostachos bajo la nariz ancha y una barba desaliñada que descendía por su pecho. El cabello gris le cubría las orejas y estaba siempre despeinado.

—Mira esto, acércate —le dijo.

En una mesita en la esquina humeaba una jarra con agua caliente. Adoni Musrum tomó una bolsita de tela y le enseñó su contenido.

—Estos son los granos del oscuro. Los mueles, y usando un filtro como este —dijo tomando un filtro sencillo que se asemejaba a un calcetín—, pones aquí los granos molidos. Después derramas agua caliente sobre una taza —agregó, demostrando—, y ¡*drurandi!*!, tienes esta bebida café deliciosa. Toma.

Alina se llevó la taza primero a la nariz, para oler de nuevo el intenso aroma.

—Es un sabor agrio —dijo Musrum—, levemente dulce, con un toque de canela que yo mismo le agregué.

Le dio un sorbo. Abrió los ojos y enarcó una ceja.

—Vaya —dijo ella—. Sí, agrio. Interesante.

—¿Delicioso?

Sorbió un poco más, con cuidado pues seguía caliente:

—No sé si todavía lo describiría como delicioso. Pero siento como si me diera energía.

—Es un gusto adquirido, pero creo que no te tomará mucho tiempo. Es la bebida perfecta para acompañar la lectura de un buen libro. Y sí, tiene una sustancia que te despierta, te acelera el pulso un poco. O mucho, dependiendo de las cantidades que tomes —dijo sacudiendo la cabeza.

—Me está gustando.

—Te puedo garantizar que esta será una bebida muy popular en el reino. Los mercaderes rumidianos están trayendo granos oscuros en más cantidades. Pudiera ser un buen negocio..., pero no tengo tiempo para eso, se lo dejaré a otros. Prefiero disfrutarlo.

—¿Es difícil conseguirlo?

—Un poco, en este momento. Llévate una bolsa con granos y te daré el contacto de la persona que me lo surte, no muy lejos de aquí.

—Perfecto.

—Además ¡es fácil de hacer! Agua caliente, un molino, un colador. ¡Vaya maravilla!

Con la taza cerca de su rostro, pues el aroma era delicioso más que el sabor del líquido en sí (por lo menos hasta ese momento), Alina dio un vistazo a la sección de la librería en donde Adoni Musrum colocaba los códices y pergaminos que tenían poco tiempo de llegar a sus manos.

—¿Algo interesante?

—Hay muchas cosas interesantes, misri Alina. ¿Terminaste el último libro?

—¿Que si lo terminé? —respondió fingiendo sorpresa, como si le hubiera faltado el respeto—. Nunca me tardo más de tres días en leer los cuentos de Hiruno.

Hiruno el Bardo era uno de sus escritores favoritos. En su opinión, era el mejor cuenta cuentos de todo el reino, cuya identidad era un misterio. Sin embargo, cada vez que publicaba una nueva colección de historias se acababan tan rápido en las librerías como una empanada de calabaza dulce recién hecha en la panadería de la esquina. Su último libro, *Rosas rojas en el valle de las sombras* contaba con doce cuentos cuyo tema eran las flores silvestres. Alina lo disfrutó

inmensamente, leyéndolo a la luz de las velas en los mesones donde dormía cuando andaba peregrinando de un lugar a otro.

—¿Te quedarás con el libro, o lo quieres intercambiar? —preguntó Musrum.

Alina chascó la lengua. Por un lado, tenía el deseo de ir creciendo su biblioteca personal. Soñaba con algún día tener una casa lo suficientemente grande para tener un salón destinado solamente a la biblioteca.

Esa no era su realidad presente. Su habitación en Xulde era pequeña, llena de diversos trebejos, entre ellos algunos de sus libros, que eran sus posesiones más valiosas, quizás después de su espada. Por eso, algunas veces prefería hacer intercambio, un libro por otro. De esa manera leía uno nuevo, y Musrum se quedaba con el otro. Por cierto, ese no era el modelo de negocio de Musrum. Más bien, era un arreglo entre ella y él por la amistad que comenzaron años atrás y en agradecimiento por las horas de conversación que disfrutaban juntos cuando ella estaba en la ciudad.

—No, creo que me lo quedaré. Para mi colección. Además, hoy traigo un poquito más de peso en el bolsillo —dijo dándole dos golpecitos a la bolsa de monedas que llevaba bien resguardada en el cinto—. Me puedo permitir ciertos lujos.

—Me parece bien. Si cambias de opinión, me dejas saber.

—Lo haré.

—¿Algo por aquí que te llame la atención?

—Recomiéndame algo.

—Pues bien, me acaba de llegar un libro de Garrhual.

—El poeta.

—Sí. Mira, es este. —Se lo enseñó. No era un libro extenso ni grande, con pasta dura cubierta en tela verde opaca.

—Pediría cinco marcos por él, pero te lo dejo en tres.

Ella asintió:

—Está bien, me lo llevo.

Sacó un talán, él le regresó siete marcos.

Alina lo abrió en la primera página. Estaba escrito a mano, como todos los códices. En la capital del reino tres o cuatro editoriales contrataban amanuenses para producir mayores cantidades de libros y venderlos. También existían las empresas pequeñas de libros, las cuales producían códices en menores cantidades, incluso algunos escritores llevaban a cabo su propio negocio editorial, pero solamente los más famosos o prolíficos.

Musrum echó un vistazo hacia la entrada, asegurándose que nadie estuviera próximo a entrar. En voz más baja dijo:

—Imagino que terminaste con tu última encomienda.

—Así es.

—Lo sospeché. De alguna manera él ya estaba enterado.

A Alina no les sorprendía que «él» ya supiera que ella había terminado satisfactoriamente con la misión. Después de todo, las noticias de un conde muerto viajaban rápido. En sus ropajes llevaba ocultos los diamantes que adquirió en esa última misión.

No pudo evitar hacía un par de noches darle otro vistazo a las hermosas piedras. Eran en total diez rocas, de diferentes tamaños, pero todas grandes. Alina no era experta, pero no tenía que serlo para saber que tendrían un valor enorme. Más que los talanes que obtendría de «él» por terminar la misión, pero una de las razones por las que era probablemente la mercenaria más exitosa del reino, era por su confiabilidad. Este negocio, para ella, se trataba de cumplir con la

misión, cobrar la recompensa, y a lo que sigue.

Puesto que andaba de un lugar para otro, casi la totalidad de su moderada fortuna estaba resguardada en diversos bancos. Algún día sacaría el dinero, compraría una finca, construiría una casa grande, y se retiraría joven a pasar el resto de sus días leyendo, tomando vino, y disfrutando de la vida.

Algún día.

—¿Te dio señal? —preguntó Alina.

—Sí —respondió Misrum dándole un pedazo de pergamino pequeño, cerrado y sellado.

Lo abrió y leyó:

Quinto día. Al caer el sol. Plaza del caminante.

Eso sería pronto. Mejor ponerse en camino de una vez, porque al Benefactor no le gustaba esperar.

5. EL LIBRO

LE TOMÓ POCO más de la mitad de una hora llegar a la plaza del caminante. Era una explanada bella, una de las más grandes en la ciudad. En el sur de la plaza estaba un templo mayor, en donde una ungida salía a la puerta a tocar el gran gongo, colocado junto a las puertas de entrada, el cual con el crepúsculo anunciaba el inicio de la primera vigilia de la noche.

Xulde era una ciudad relativamente segura, con la excepción de aquellos barrios bajos de la ciudad, frecuentemente patrullada por soldados. En la plaza todavía muchas personas disfrutaban de pasar el tiempo, conversar, o comer algún bocadito de los vendedores ambulantes, como fruta, nueces, pan dulce, o elote hervido.

Alina se sentó en una de las bancas cerca del templo mayor, y esperó.

El Benefactor la encontraría. Siempre lo hacía.

A menos de un tiro de piedra conversaban tres jóvenes elegantemente vestidos con medias blancas largas, pantalones bombachos y camisas de seda. Uno de ellos, el más guapo, intentaba hacer contacto visual con ella para sonreírle.

Estaba acostumbrada al efecto que tenía en los hombres, quienes normalmente, al ver su belleza, se desanimaban si eran feos o se envalentonaban si eran ricos o bien parecidos.

Esperaba que el muchacho no se acercara, porque tendría que firmemente rechazarlo.

—Buenas noches, misri Alina —escuchó a su lado.

Se sobresaltó al ver al hombre que se había acercado sigilosamente. No lo escuchó aproximarse.

Era el Benefactor.

—¿Me concederás tomar asiento junto a ti? —le dijo él, siempre respetuoso.

—Por favor —respondió señalando el espacio libre con la palma de la mano.

Él tomó asiento.

Aunque llevaba siete años como mercenaria, solo tres de conocerlo. Bueno, *conocerlo* no era la mejor palabra. Para empezar, nunca le había visto el rostro entero, pues sin excepción lo ocultaba parcialmente, en esta ocasión detrás de una elegante pañoleta verde que subía por el cuello y llegaba hasta la nariz. Puesto que llevaba un sombrero de ala ancha que ensombrecía su frente, tampoco podía verle bien los ojos, aunque antes había logrado mirarlos: eran café.

Vestía siempre bien, no demasiado lujoso para llamar la atención, pero elegante, con tonalidades oscuras. Llevaba puesto un jubón marrón con botones azules, pantalones cafés, medias blancas y zapatos de tela, a la moda. El corte del sombrero era muy moderno, apenas comenzaba a usarse en la ciudad.

Alina le calculaba unos treinta y tantos años. Era sumamente rico o trabajaba para alguien con mucho dinero. Hablaba como hombre culto, tenía una voz varonil pero suave, elegante como su indumentaria. Nunca llevaba espada, pero sí una daga al cinto. Era de estatura media, delgado pero fuerte.

—¿Qué lees, estos días? —preguntó el Benefactor. Le gustaba hablar de libros con ella.

—Acabo de terminar los cuentos del Bardo.

—Ah. ¿El de las flores?

El Benefactor casi siempre estaba al tanto de las novedades en libros. Alina sospechaba que debía tener una importante colección de códices, cosa que era imposible verificar porque no tenía ni la más remota idea de dónde vivía.

—Sí —respondió ella.

—Estupendo. Mi cuento favorito fue el tercero: *El último invierno del jardín de mi madre*.

—Uno de mis favoritos, también.

—¿Cuál fue tu favorito?

—No estoy segura. Quizás ese o *La llave del tulipán*.

—Disfruté ese, también.

—Acabo de comprar uno de poemas. De Garrhual.

—¿No se te hace un poeta demasiado tradicional? Las rimas ya no se acostumbran tanto como antes. Ahora son los conceptos que deben rimar.

—A mí me gusta —dijo ella—. Me gusta esa poesía. Es bella. Lírica.

—Sí —dijo él.

Luego un silencio que se prolongó. Al Benefactor no le importaban esas pausas incómodas como a Alina. Si ella no decía nada, podía él continuar sentado sin decir palabra mientras transcurrían los minutos.

—Tengo algo para ti —dijo Alina, finalmente.

—Bien.

Sacó la bolsita con los diamantes y se la dio. El Benefactor ni siquiera miró adentro, simplemente la guardó en un bolsillo del jubón.

—Supe que hubo algún contratiempo —dijo él.

—Sí, lamentablemente. El conde se despertó y tuve que matarlo.

El Benefactor asintió.

—Luego su jefe de guardia me persiguió. Lo maté también y a uno de sus compinches.

—Entiendo.

—Sabes que intento evitar derramar sangre, en la medida de lo posible. —En el momento que dijo eso, se sintió algo fastidiada con ella misma. No estaba completamente segura de la veracidad de lo que acababa de mencionar. Había atravesado a suficientes personas con su espada como para ser considerada una mujer despiadada. Quería pensar, sin embargo, que cada una de esas muertes estaba justificada.

—Por supuesto. No tengo ningún problema. Ese conde merecía morir. Le hiciste un favor al reino.

—Pensé lo mismo. Vaya persona. La manera en que trataba a su condado...

—Nuestro reino está lleno de canallas, y los peores de todos son los nobles y poderosos.

Alina guardó silencio. Sospechaba que él era algún miembro de la nobleza. Quizás no de la alta nobleza, pero posiblemente un vizconde o barón. No que tuviera evidencia al respecto, simplemente pensaba que un duque o marqués no emplearía a una mercenaria como ella. Para eso tenían sus pequeños —o a veces grandes— ejércitos. En muchas partes de Zurmeldán la alta nobleza vivía y regía sus territorios como el mismísimo rey.

Pasaba por allí un antorchero, encargado de encender las antorchas y faroles en algunas de las grandes plazas de la ciudad, o en las avenidas principales. El Benefactor le pidió un poco de lumbre para encender su pipa. Pronto fumaba tranquilamente, lanzando bocanadas de humo.

Alina no estaba segura si su tiempo con él llegaba a su fin. Normalmente el Benefactor

marcaba la pauta de alguna manera.

—¿Alguna vez haz entrado a la Magna Biblioteca?

—Sí, muchas veces —respondió ella. No la había visitado últimamente, sin embargo, recién llegada a la ciudad pasó mucho tiempo allí—. Aunque, puesto que no soy ungida ni erudita, conseguir un pase es imposible. Solo me dejan entrar al salón común que, aunque grande, dicen que no se compara con el resto de los salones.

—Es probablemente la mejor biblioteca del reino. Incluso mejor que la de Zurmel.

—Nunca he estado en la de Zurmel. Algún día la visitaré, por la voluntad de la Madre.

—Lo harás —dijo el Benefactor como si fuera una palabra profética.

La Magna Biblioteca de Xulde, al noroeste de la ciudad y cerca del mar, era colosal, como su nombre lo apuntaba. Se decía que era el cuarto edificio más grande de la ciudad, por debajo del castillo de los duques, la fortaleza «roja», y el templo mayor de siana⁵ Landre (que era el templo principal de la ciudad).

—Pues bien —continuó el Benefactor—, sabrás probablemente del salón de libros prohibidos. ¿Alguna vez haz estado allí?

—De ninguna manera. Solamente los grandes eruditos pueden entrar, bajo vigilancia, y con el expreso permiso de la madre visora.

—Sabes más de lo que pensé.

—Bueno, creo que ya me conoces un poco. Soy curiosa, y bibliófila. ¿Haz entrado tú?

El Benefactor no respondió inmediatamente, y ella se preguntó si había sido demasiado atrevida. Era difícil saber a ciencia cierta cuáles eran los temas que cruzaban la línea con él. Definitivamente no le gustaba compartir nada que fuera demasiado personal, aunque por el otro lado, no tenía problema con hablar sobre sus gustos literarios, entre otras cosas.

—Una vez, sí —aventuró.

Eso significaba que tenía contactos dentro de la Iglesia de la santa unción. Imposible que hubiera entrado sin un permiso. Además, la madre visora de Xulde, de nombre siana Jezba, era una mujer —la Diosa perdonara la expresión— nefasta. Extremadamente estricta a las reglas de la santa unción. Por lo tanto, se decía que para entrar al cuarto de los libros prohibidos, siana Jezba pedía una entrevista ya sea personalmente con ella o con una ungida de su confianza. Tres de cada cuatro veces, negaba el acceso.

—Te sorprenderías de lo pequeño que es ese salón —continuó el Benefactor—. Muy oscuro, eso sí. Y los volúmenes están algunos en libreros, otros en unas mesas en el centro.

—Los libros prohibidos.

—Sí. Algunos son escritos herejes, otros escritos por algún sectario. Otros contienen alguna línea considerada inmoral por la enseñanza pura. Y otros son ocultistas, de los seguidores del Espectro.

Alina hizo la señal de la invocación con los dedos, y rezó:

—La Madre nos proteja.

—En su seno nos encomendamos —respondió el Benefactor sin muchas ganas. Chupó la pipa, soltó una bocanada, y agregó—: Hay un libro en específico que nos interesa.

—¿Sí?

El Benefactor con frecuencia hablaba en plural cuando le daba alguna misión. Alina no sabía si eso significaba que detrás de las encomiendas había algún tipo de grupo. Sospechaba que era así.

—Lamentablemente no tengo mucha información sobre dicho libro. Solamente que llegó al cuarto prohibido hace aproximadamente quince días. Y lo queremos. Mide aproximadamente un

palmo, así que es pequeño, encuadernado en cuero con un listón carmesí. Eso facilitará su identificación. Está escrito en zumel medio, y aparentemente no tiene título en la primera página. Solo el nombre del autor: Runar de Kalmideni.

Se estremeció ella al escuchar el nombre.

6. LOS RUNARITAS

RUNAR DE KALMIDENI era probablemente el hechicero más famoso en todo el reino. De acuerdo a la santa unción, la magia había menguado en el tiempo de la Visitación (aunque sin extinguirse por completo), puesto que la Diosa Madre hablaba principalmente ahora por medio de sus ungidas. Sin embargo, la mayoría de los creyentes laicos todavía retenían las creencias antiguas de la existencia de lo ultranatural, como la manipulación,⁶ la hechicería, y los oráculos.

Runar de Kalmideni, en contra de la enseñanza pura, decía tener la habilidad de no solamente practicar la magia, sino también de proclamar oráculos, los cuales circulaban en diversos libros prohibidos. Sus seguidores, los runaritas, eran perseguidos por los Devotos, que era el brazo armado de la iglesia.

—Necesitamos que nos consigas ese libro —dijo el Benefactor.

A Alina se le aceleró el corazón. Era una misión diferente a lo que estaba acostumbrada, fuera de la rutina, y eso le gustaba.

Un libro prohibido, pensó. Le dio un escalofrío el solo pensar que podría tener en sus manos uno de esos códices. No solamente deseaba verlo, sino incluso le habría gustado coleccionar un libro así. Pero eso era peligroso; si la Iglesia se enteraba le enviarían a los Devotos en menos de lo que se dice un rezo menor.

—Tendré que entrar al salón prohibido. ¿Me das ingenio, o tienes alguna idea?

—Probablemente esto ayude —dijo el Benefactor sacando un pergamino mediano, enrollado. Alina lo tomó y lo abrió.

—¡Diosa! —dijo. Era un permiso, sellado por la madre visora de Xulde.

—Así no tendrás que ingeniártelas para entrar. Solo para salir con el libro.

Todavía no podía creer lo que tenía en sus dedos. ¡Un permiso! Con esto podría entrar.

—¿Me dirán algo? ¿Me harán preguntas?

—No. Por lo menos, no deberían. Actúa natural.

—No parezco una erudita.

—Puedes actuar como una.

—Supongo que sí —dijo, asintiendo levemente. Guardó el permiso—. ¿Cuál es la fecha de entrega?

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Una semana.

—Me parece razonable.

—Excelente. ¿Cuál es la compensación? —dijo ella sin rodeos.

—Pon el precio.

—Por un trabajo así..., doscientos talanes.

—Cien.

—No, ciento ochenta me parece justo.

—Imposible. Ciento sesenta, entonces.

—Ciento sesenta y cinco y acepto.

El Benefactor le tendió la mano y la estrechó.

Él inhaló con fuerza, exhaló el humo, y lanzó las cenizas de la pipa al suelo. Sacó un tubito metálico, con el que raspó el interior del hornillo para asegurarse que quedara limpio.

—Hay dos hombres que no han dejado de observarnos —dijo el Benefactor sin mirar, mientras limpiaba la pipa.

—¿Los que están en la esquina del templo, medio escondidos? —preguntó.

—Los mismos.

—No vienen contigo, entonces.

—No. Acostumbro andar solo. En general evito las compañías callejeras. Y sospecho que esos dos no nos dejarán en paz.

—¿Te buscan a ti o a mí?

—No tengo idea. Quizás andan tras ese permiso. La manera en que lo conseguí..., bueno, no entraré en detalles.

—Muy bien. Tendremos que perderlos, pues.

—Sí. Pero no cerca de la plaza. Hay mucha gente, y soldados. No queremos atención de ellos. Si te parece bien, sígueme.

Se pusieron de pie.

Caminaron en dirección opuesta, cruzando la plaza que seguía concurrida. Con una revirada rápida, Alina comprobó que los dos hombres salieron de su escondrijo y los seguían a una distancia todavía segura. Si se acercaban demasiado, tendrían que tomar cartas en el asunto.

—Podríamos dividirnos e intentar perderlos —sugirió Alina.

—No es mala idea. Pero primero debemos comprobar que sean solamente ellos dos. De lo contrario, podríamos separarnos solo para ser emboscados más adelante. Además, tengo curiosidad de saber quiénes son.

—¿Alguna sospecha?

—Lamentablemente en mi negocio, al igual que en el tuyo, nos hacemos de muchos amigos y enemigos. Así que puedo pensar en varias opciones.

—Yo también.

Era la verdad. Como mercenaria, tenía una significativa cantidad de personas que serían felices de verla muerta. Por eso era muy cuidadosa; una de las razones por las que la apodaban la Sombra era debido a que la mayoría de los trabajos los ejecutaba por la noche, para que nadie reconociera su rostro. Sin embargo, era imposible que siempre fuera así, por lo que cuando salía a la calle andaba mirando a su alrededor, al tanto de cualquier potencial peligro. Afortunadamente Xulde era una ciudad que conocía bien y donde tenía amigos, entre ellos varios importantes y poderosos.

Llegaron al final de la plaza y continuaron por una calle ancha adoquinada, llamada calle de los Zapateros porque desde años atrás se vendían allí zapatos y sandalias en diversos comercios.

—Siguen detrás de nosotros —confirmó Alina.

—¿Vienen cerca?

—Acercándose.

—Pues alistemos los aceros en caso de que haya que usarlos.

Subrepticamente sacaron ambos su daga, el movimiento ocultado por la capa. Alina dejó la espada en la vaina, pues si la sacaba allí, en medio de la calle, llamaría demasiado la atención. Doblaron hacia la izquierda en un callejón más angosto pero todavía circulado por personas a pie, además de un carretón que apenas cabía y tuvieron que pegarse a la pared para dejarlo pasar.

Doblaron un par de veces más hasta llegar a una calleja recta.

—Apretemos el paso —dijo el Benefactor, pero casi al mismo tiempo en que lo dijo se detuvieron. Frente a ellos se plantaron dos personas, a unos veinte pasos de distancia. Ambos con machetes largos, similares a espadas, pero con filo solo de un lado. El de la derecha llevaba, además, antorcha en mano.

—Maldito sea el Espectro —dijo el Benefactor.

Escucharon un sonido metálico a sus espaldas. Eran los otros dos que se aproximaban habiendo desenvainado, uno con daga en mano, el otro una espada.

—¿Solo tienes esa daga? —le preguntó Alina.

—Sí.

—Ten, te presto otra —dijo pasándole la que llevaba en mano—. Yo tengo un par.

—Son cuatro. ¿Cuáles quieres tú? Los de enfrente, o los de atrás?

—Me da igual.

—Tomaré yo los de atrás, entonces.

Se pusieron espalda con espalda, y Alina desenvainó daga en la izquierda, espada en la derecha.

Los cuatro se acercaron y se detuvieron. Uno de ellos, probablemente el líder, que era de los dos que venían siguiéndolos desde la plaza, dijo:

—Suelten las armas, no hay salida.

—¿Con quién tenemos el gusto? —preguntó el Benefactor.

—Si nuestros nombres esperas obtener, no te daremos el gusto. Suficiente para ti es saber que, por la autoridad del gran profeta Runar, les ordenamos rendir sus armas y entregar lo que traigan en los bolsillos.

Runaritas, pensó Alina. Nunca había lidiado con ellos. Ahora que los veía de cerca notó que los cuatro llevaban en la mano izquierda una pulsera con piedras color verde esmeralda.

—Les daremos la oportunidad de salir de aquí con vida —dijo Alina—. Además, una escaramuza como esta atraerá rápido a los soldados. En este callejón nos van a atrapar y mandar a todos al calabozo. Mejor cada quien nos vamos por nuestro lado.

El líder runarita soltó una risilla burlona.

—Lanza los aceros al piso, mujer, que no nos importaría matarte.

—Ven a quitármelos, bonito.

El ataque fue relativamente coordinado.

7. EL CONTRABANDISTA

ALINA SE DECIDIÓ por una estrategia osada.

Corrió hacia los dos contrincantes, que no esperaban una confrontación así, y cuando estaba a unos tres pasos dio un salto mortal por el aire, uno bien ensayado en cientos de horas de entrenamiento, dando un giro vertical y cayendo de pie del otro lado, abriéndole así la posibilidad de escape, de necesitarla.

Los dos maldijeron, sorprendidos. Normalmente causaba asombro en sus contrincantes cuando usaba alguna técnica inusual de combate. Ella, al igual que todos los niños de su tribu, había sido entrenada desde pequeña en lo que llamaban *daiwá*, las artes de combate cuerpo a cuerpo que incluían no solamente dominar las armas como la lanza, daga, espada y arco, sino también el cuerpo por medio de golpes, patadas y giros.

Alina se lanzó sobre el que tenía más cerca, el que no llevaba la antorcha. Intercambiaron un par de sablazos, pero ella tenía la ventaja de luchar con espada y daga, mientras que el otro solo con el machete.

—¡Ayúdame! —le dijo a su compinche, pero demasiado tarde, pues al defenderse de un golpe con la espada, Alina le clavó la daga hasta la empuñadura por debajo de la axila, y la sacó. La punta debió llegar hasta el corazón, o cerca, porque los ojos se le pusieron blancos y cayó inmediatamente al suelo, sin siquiera moverse.

El otro miró a su amigo caído con sorpresa y terror, pero rápidamente su semblante cambió a ira, y atacó.

Era mejor espadachín. Pronto se dio cuenta que no podría pelear con una antorcha en la mano izquierda, así que la dejó caer. Inteligentemente, con esa misma mano arremolinó la capa para usar la tela gruesa como defensa, una especie de escudo, técnica que Alina misma usaba con frecuencia.

El atacante tiró un par de estocadas fuertes, ambas horizontales, pero retrocedió al ella contraatacar. Intentó Alina clavarle la daga en las costillas, pero el otro se escudó con la capa. De todas maneras, el filo entró y le hirió el brazo. El hombre gritó y dio dos pasos hacia atrás, enseñando los dientes, una mueca de dolor.

La maldijo en el nombre de Galadón, que era uno de los muchos nombres del Espectro, y remontó contra ella.

Se defendió, escuchando el eco de la batalla que libraba el Benefactor, esperando que estuviera bien.

Tengo que terminar con esto y auxiliarlo. Si lo matan, maldita sea, me quedo sin trabajo.

Caían gotas de sangre del brazo izquierdo de su enemigo, y aunque la antorcha en el suelo no le daba suficiente luz regular como para contemplar su rostro con toda claridad, notaba que palidecía. La herida era significativa, entonces. El hombre atacó de nuevo, pero ella solo necesitaba que cometiera un error, y el error vino cuando levantó demasiado el brazo con el machete, no midiendo correctamente la distancia entre ambos. Con un veloz desplazamiento

hacia delante Alina le clavó la espada en el pecho, justo encima del vientre, y con la daga se defendió del machete que descendió sin mucha fuerza. El hombre se desmoronó, pero cayó sentado, sin desplomarse por completo. Musitó algo ininteligible. Lo remató agujerándole el corazón.

Rápidamente corrió hacia el Benefactor, y lo primero que pensó es que peleaba con técnica y elegancia. Ya se había deshecho de uno, que estaba en el suelo gimiendo moribundo, y ahora luchaba contra el líder. Lo segundo que pensó fue que el líder era también un extraordinario espadero. Pudo verlo un poco mejor. Le calculaba unos cuarenta y tantos años, con barba negra de candado y cabello corto, gris. Un hombre robusto que acometía y se defendía con balance, como uno acostumbrado al combate. Tenía entrenamiento, indudablemente, a juzgar por la técnica. El Benefactor, aunque probaba ser un gran contrincante, posiblemente se vería vencido con el tiempo, pues retrocedía jadeando.

No muy lejos se oían pasos que se aproximaban marchando.

Para sorpresa de Alina, el runarita, al percatarse que ella se aproximaba, o quizás debido a los pasos acercándose, sin decir más se dio la media vuelta y se echó a correr. Aun más desconcertante fue que el líder hizo una pausa solamente para rematar al caído. Le deslizó la espada por la garganta, y siguió corriendo.

—Diosa ungida —dijo el Benefactor, respirando con fuerza, al ver lo ocurrido—. Gente loca.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Estoy bien. Sin rasguños, por fortuna. Este jubón es nuevo.

Ella se rio.

—Es la guardia nocturna —dijo el Benefactor en referencia a los pasos—. Larguémonos. Eso hicieron.

—::—

Cuando estuvieron a distancia suficiente, se despidieron rápidamente y cada quién se marchó por su camino.

Alina decidió que, si quería visitar la biblioteca pronto, sería mejor prepararse. Decidió ir hacia el sureste de la ciudad a media hora de donde estaba para visitar a su amigo Valmala, mercader y contrabandista.

Vivía en un buen barrio. A diferencia de ella, que alquilaba habitación cerca del mar, Valmala habitaba en una casa, pequeña pero bonita.

Terminaba apenas la primera vigilia nocturna, por lo que consideró todavía apropiado llegar por no ser tan noche. Tocó a la puerta, y momentos después le abrió una criada, una jovencita de unos quince años, bonita y de cara triste. Ella, al reconocer a Alina, la dejó entrar.

Tomó asiento en la sala, cuyas paredes de madera estaban repletas de todo tipo de objetos interesantes, espadas de varios tamaños, cabezas de animales disecadas, algunos mapas tanto antiguos como modernos, un par de escudos medianos, dos yelmos antiguos, incluso en la esquina una armadura completa de caballero en excelente estado. El piso iba cubierto en pieles de animales, un par de osos y algunos lobos.

Valmala entró fumando una pipa y con una copa en la mano izquierda.

—Bienvenida, Alina. Vaya sorpresa.

Se puso de pie y lo saludó con una leve inclinación:

—Me disculpo, Valmala, por llegar sin anunciarme primero.

—Está bien, no hay problema —respondió sonriendo. Era un hombre bajito, calvo, un poco

encorvado, y con mirada inquisitiva. Iba envuelto en una túnica púrpura.

—¿Te ofrezco algo? ¿Vino? ¿Un poco de tabaco?

—Las dos cosas, si no es problema.

—Para nada —respondió. Luego miró a la criada—: ¡Silví!

La muchacha dio un respingo y salió apresuradamente. El mercader sacudió la cabeza y tomó asiento en un sillón. Dio un sorbo a su copa y dijo:

—La pobre tiene apenas dos semanas conmigo. La estoy entrenando.

Alina no respondió. No le gustaba la manera en la que Valmala trataba a sus subordinados. A ella tampoco le gustaba mucho lidiar con él, pero admitía que en toda la ciudad era posiblemente el mejor contrabandista y falsificador. De hecho, se preguntaba cuántas de las cosas en esa sala eran falsas. Eso sí, Valmala siempre la trataba con cuidado, incluso respeto, porque aunque nunca le había dicho exactamente a qué se dedicaba, seguramente el hombre lo intuía. Alina notó varias veces en el pasado que Valmala miraba con curiosidad su espada, como preguntándose su valor o cuán letal era ella usándola.

La respuesta era que la espada era de valor incalculable, y absolutamente letal con ella.

La criada regresó con el vino, tabaco, y una vela para encender la pipa que Alina llevaba en un bolsillo.

—Pues bien, Alina, dime en qué puedo serte de servicio.

Valmala siempre iba al grano.

—Voy a necesitar algo que compruebe que soy una erudita.

—¿Una erudita, eh?

—Así es. Lo necesito para una de mis aventuras.

—Ya veo. Hmm. Sí, creo que puedo tenerte algo listo.

—¿Pronto?

—Un par de días, por la tarde.

—Perfecto.

—Puede ser una carta. Del monasterio de siana Bulina. ¿Sabes dónde está?

—Sí, al norte, en las faldas del inicio de la cordillera de Alamín.

—Exactamente.

—Eso funciona. He estado cerca de allí. Además, sería difícil comprobar la veracidad de la carta. Tomaría mucho tiempo verificarlo.

—Exacto. Además, no será necesario. La carta irá con el sello de la abadesa del monasterio.

No preguntó cómo conseguiría dicho sello. Sospechaba que ya antes lo había falsificado. Falsificar un sello, por supuesto, era penado con la muerte en el reino, sobretodo un sello de la alta nobleza o de la iglesia.

—¿Necesitas que diga algo en específico?

—Sí —respondió. Esta era la parte difícil, dar un poco de información extremadamente confidencial. Sin embargo, conocía a Valmala hacía tiempo, y puesto que era contrabandista, la confidencialidad era parte de la razón de su éxito.

Aunque tenía el pase que le dio el Benefactor, quería asegurarse de que cuando dijera que era un erudita tuviera alguna manera de comprobarlo. Por lo tanto, una carta como esa sería fundamental.

—¿Bien...?

—Que diga que necesito acceso al cuarto de libros prohibidos de la gran biblioteca de Xulde.

8. LA BIBLIOTECA



Magna Biblioteca

Valmala cumplió con su palabra, y dos días después Alina tenía la carta en su posesión.

Esa tarde, entre nerviosa y emocionada, se dirigió a la Magna Biblioteca de Xulde. Era hermosa. La fachada de piedra blanca, que con el tiempo adquirió una tonalidad crema, tenía unos treinta pilares que sostenían los arcos ornamentados con representaciones de algunas de las leyendas clásicas del mundo antiguo, antes de que se fundara el reino de Zurmeldán. Algo que la distinguía de cualquier otro edificio en el reino entero era que las paredes de la fachada, en lugar de ser lisas, representaban libreros repletos de códices de todos colores. Por supuesto, no eran libros reales, sino labrados en piedra, pero si uno se acercaba vería que el lomo de cada uno de esos supuestos libros llevaba el título o el nombre de alguna famosa obra o autor. Para llegar a la entrada principal, de puertas de madera dobles y gigantescas, se subía por una escalinata ancha que a esas horas estaba medio vacía. Algunas ungidas vestidas con la túnica blanca característica de su vocación entraban y salían, además de otras personas, algunos que solo entraron hasta la sala común, y otros posiblemente eruditos, sabios, o astrólogos a servicio del ducado o de la iglesia.

Subió las escaleras y entró al vestíbulo, con el techo alto, altísimo, en forma de bóveda. Tenía múltiples escaleras a los lados que llevaban a los salones varios. En el centro un escritorio grande de madera, redondo, en cuyo centro abierto cinco bibliotecarias trabajaban y daban información a los visitantes. La sala común estaba derecho, detrás del escritorio, a la cual podía acceder todo habitante del reino, siempre y cuando sacara su pase allí mismo.

Alina respiró hondo y fue hacia el escritorio. Cuando fue su turno, le tocó una joven modestamente vestida con un uniforme gris y de mirada seria.

—Buenas tardes. Mi nombre es Lamal Aldendi —dijo Alina. Era el nombre que adoptó y que venía redactado en la carta—. Vengo a... —por instinto bajó un poco la voz—, vengo al cuarto de libros prohibidos.

La joven bibliotecaria hizo una pausa, aunque su rostro no denotó sorpresa.

—Entiendo. ¿Tiene el pase?

—Por supuesto —dijo sacándolo de su túnica y dándoselo a la bibliotecaria, quien lo inspeccionó brevemente y dijo:

—Sígame, por favor, erudita.

Hasta ahora todo va bien y fácil, se dijo. Aunque no anticipaba que alguien la podría reconocer, prefirió prevenir y no lamentar al venir «disfrazada» de erudita. En las grandes ciudades del reino, los eruditos vestían tradicionalmente una toga negra, una especie de casaca gruesa que llegaba hasta los tobillos. Además de eso, tanto hombres como mujeres andaban con un gorro que cubría parte de la frente y las orejas, de color negro, también. Sin embargo, en los últimos años, sobre todos los eruditos más jóvenes no seguían esa tradición al pie de la letra. Algunos llevaban en el cuello un medallón plateado con el símbolo de un códice abierto con la silueta de un ojo encima.

Ella tomó la vía media y se vistió toda de negro, tanto la túnica como la capa, con el gorro puesto que ocultaba su cabello, pues lo llevaba recogido dentro del gorro. Además, debido a que su piel naturalmente era perlada, se maquilló con polvo blanco. Viéndose en el espejo, ni ella misma se reconoció.

Caminaron hacia la sala común y entraron. Se decía que era uno de los salones más grandes de toda la biblioteca y, como todo el edificio, imponía, con hileras de libreros repletos de códices y manuscritos.

La bibliotecaria la guió a una de las esquinas, y le dijo que podía tomar asiento en un sillón

de lectura mientras que iba por la supervisora. Dicho eso, sacó una llave y abrió una puerta cercana, entró y la cerró tras sí.

Alina tomó asiento, mirando la multitud de libros a su alrededor. La sala común contenía todo tipo de volúmenes, pero eran las otras salas en donde se resguardaban los libros más antiguos, más raros, o más preciados. Por eso se reservaban para algunos, solamente.

Se preguntó porqué no había intentado antes falsificar algún documento que le permitiera entrar a una de esas otras salas. Pero se recordó que hacerlo era un crimen, y si la descubrían la mandarían al calabozo.

Si me descubren hoy, me mandarán al calabozo, también.

Como un cuarto de hora después todavía no regresaba la bibliotecaria. Así que se puso de pie y se acercó a uno de los libreros, examinando curiosa los lomos de los códices. Algunos tenían cubierta de cuero, otros de madera o de terciopelo sobre madera. Alguno que otro tenía la tapa de latón. Estaba segura que en las otras salas habría códices con cubiertas de oro, plata, o marfil. Pero no en la sala común.

Estaba en la sección de libros sobre la flora y fauna del reino. Tomó uno al azar y lo abrió en medio. Para su deleite, tenía dibujos de flores exóticas que se hallaban en el bosque real, el cual estaba al este de la capital.

—Disculpe, señorita —escuchó una voz detrás de ella—. ¿Usted puede ayudarme?

Se dio la vuelta. Era un hombre joven, más o menos de su misma edad, con ojos azules oscuros, cabello rubio, bien parecido y bien vestido, con un jubón marrón de mangas azules, pantalones café y botas altas de cuero. Llevaba una elegante capa azul que hacía juego con las mangas, sujeta en el cuello con un broche plateado en forma de hoja.

—¿Perdón? —dijo ella.

—¿Puede usted ayudarme? ¿A encontrar un libro?

—¿Yo? Bueno, quizás. No sé. No creo. No trabajo aquí.

—¡Ah, ofrezco una disculpa! Escuché que es usted una erudita.

—Oh, sí, sí —trastabilló.

—No fue mi intención oír eso. Pero yo estaba justo detrás de usted en la fila, sacando mi pase, y escuché lo que dijo. Que es una erudita.

—Así es. Estoy de visita.

—Bienvenida a la ciudad. Espero le agrade. Dicen que ésta es una de las bibliotecas más hermosas en todo el reino.

—Te lo puedo confirmar. La biblioteca del monasterio de siana Bulina es excelente, pero no es ni un décimo del tamaño.

—¿Dónde se encuentra el monasterio? Estoy seguro he oído de él antes —le preguntó el hombre, curioso.

Le llamó la atención la naturalidad con la que llevaba la conversación con él. Normalmente causaba ella un efecto curioso en los varones, los ponía nerviosos por su belleza. Pero él hablaba con ella como si estuviera acostumbrado a entablar pláticas con mujeres hermosas, o como si se conocieran de tiempo atrás.

—En el extremo norte, más allá de la capital —respondió.

—Ya recuerdo. Por la cordillera de Alamín.

—Sí —dijo Alina sorprendida.

—En las faldas, ¿no? Por el pico Orzabá.

—Conoces la geografía norteña.

—He viajado por aquí y por allá. Viví unos años en la aldea de Guareni, al norte del bosque

real, por lo que el monasterio, aunque lejos, es conocido por la erudición de sus ungidas.

Espero que no me haga muchas más preguntas, pensó. Ella conocía perfectamente esa región, pero nunca había visitado el monasterio. Es decir, lo había visto de pasada, pero sin entrar. Esperaba que no le hiciera alguna pregunta específica del lugar, pero pensaba que no, porque era hombre, y estaba prácticamente prohibido que los hombres entraran a los monasterios, con algunas excepciones, como la nobleza, los Devotos, u otros visitantes destacados, a quienes se les permitía entrar solamente al primer atrio.

—Ya veo —dijo Alina—. Por desgracia, dudo que pueda ayudarte. Aunque no es la primera vez que visito esta biblioteca, tampoco estoy lo suficientemente familiarizada con ella.

—No es problema —respondió con una sonrisa.

Es guapo, pensó Alina.

—Espero que encuentres lo que buscas —dijo ella.

—Usted también, erudita.

Con eso, el joven se marchó. Luego se abrió la puerta, y la bibliotecaria joven dijo:

—Por aquí, erudita.

9. EL SALÓN

ANDUVIERON POR UN pasillo angosto y oscuro, tan negro que temía tropezarse con la bibliotecaria.

Finalmente llegaron a una puerta, la cual abrió y pasaron a una habitación cuadrada en donde una mujer detrás de un escritorio escribía en un pergamino.

La mujer levantó la vista.

—Tome asiento, erudita —dijo la mujer apuntando a una silla del otro lado del escritorio. La joven bibliotecaria se retiró, dejando a Alina sola con la mujer.

—Mi nombre es Yamila. Soy secretaria principal y guardiana de libros especiales.

—Mucho gusto. Mi nombre es Lamal Aldendi.

—Un placer. Tengo aquí su pase —dijo ella apuntándolo, en el escritorio.

—Excelente.

—Como protocolo, le haré algunas preguntas, y habiéndolas respondido, la dirigiré hasta el cuarto de los libros que usted solicitó.

—¿Algunas preguntas?

—Sí, pero solo de protocolo, como usted debe saberlo perfectamente.

—Por supuesto. Adelante, no hay ningún problema, todo lo contrario.

Sintió su corazón acelerarse, aunque apenas un poco. Se había preparado mentalmente para eventuales preguntas. Pero no tuvo tanto tiempo como le hubiera gustado. En otras circunstancias, habría incluso entrevistado a dos o tres personas, preferentemente eruditas, para saber cuál sería el proceso por el que pasaría antes de tener acceso a los libros prohibidos. Pero como muchas veces sucedía en esta línea de negocio, todo se necesitaba ya, rápido. Sí, algunas veces contaba con más tiempo de planeación, pero francamente era la minoría de las ocasiones. En general, la rapidez era crucial.

—¿Cómo consiguió este pase? —preguntó la secretaria con semblante como de jugadora de naipes. No parecía sospechar de ella, pero tampoco confiar.

—El pase me fue dado por la abadesa del monasterio de siana Bulina. Estuve como erudita residente allí por seis meses, investigando para mi libro. Sin embargo, aunque el monasterio cuenta con varios códigos que me fueron de mucha ayuda, mi investigación me ha forzado a seguir buscando las mejores fuentes en todo el reino.

—¿Tiene alguna carta que nos ayude a verificar su investigación?

—¡Por supuesto! Tengo una carta con el sello de la abadesa —dijo sacando la carta y felicitándose mentalmente por haberla falsificado. Sí, le costó más talanes de lo que le habría gustado pagar, pero parece que había sido una muy buena inversión.

La secretaria tomó la carta, la leyó, y examinó de cerca el sello. Muy de cerca. Por primera vez vio Alina que el ceño de la secretaria se arrugó, si bien levemente. De un cajón en el escritorio sacó una lupa y miró de detenidamente la cera roja.

—¿Algún problema, misri Yamila?

Ella, al principio, no contestó, pues seguía examinando el pergamino. Luego se irguió y dijo:
—Ninguno, erudita. Simplemente examino la carta, una cuestión de rutina. Le sorprendería saber cuántas de estas se falsifican a lo largo del reino.

—¡No me diga!

—Sí. Es un crimen, por supuesto, y la falsificación...

—... se pena con el calabozo —terminó Alina—. ¡Y me da gusto! ¿Qué clase de persona falsificaría una carta de recomendación? ¡Deberían penarlo con la muerte!

El semblante de la secretaria cambió. Aprobaba de esa sentencia.

—El contrabando de libros sigue siendo lucrativo no solamente en nuestro reino, sino también más allá de las fronteras.

—Nunca lo hubiera imaginado. Quizás debería salir un poco más de las bibliotecas y pasar tiempo allá afuera. Estoy desconectada de todo lo que sucede, incluso en nuestro reino.

—Si bien el viaje desde el norte hasta acá debió ser largo. No logro identificar bien su acento, erudita. ¿Me parece que tiene un toque del norte, quizás de las montañas?

Desde que Alina había huido de las montañas rojas y llegó a Xulde, intentó deshacerse de su acento montañoso. No porque se avergonzara ella misma de sus raíces, para nada. Sin embargo, las tribus de las montañas del norte eran consideradas rebeldes por el reino. Y en parte lo eran. Las grandes tribus se rehusaban a doblar la rodilla ante la Corona de Zurmeldán, y aunque años atrás el ejército real intentó incursionar en las montañas para doblegarlos, el frío, el clima inhóspito, y las bajas militares lo impidieron. Hasta hoy, las regiones montañosas del norte, en especial las montañas rojas, eran las únicas que no pagaban tributo.

Al huir de las montañas, Alina modificó su nombre y posnombre para que sonara más zummeldano, de Haliná del clan Hara'lutze a Alina Araluz. Y Oamande por la primera aldea en el valle de Hinarám que la acogió, en la que fue adoptada seis meses por una amable familia de granjeros.

La secretaria, sin embargo, había logrado escuchar el timbre del acento norteño.

—Crecí en una pequeña aldea en el valle de Hinarám —dijo Alina, una verdad a medias, pues Oamande sí era una pequeña aldea, pero no había crecido allí—. Tan pequeña que no figura en los mapas.

—¿Y estás escribiendo un monografía sobre la influencia de las creencias del desierto en la religión ungida?

¡Aja!, pensó Alina. *Intentas hacerme caer. Pero vine lista.*

—No, misri. La influencia de las creencias garrajeñas en la fe ungida. De acuerdo con unos pocos antiguos sabios, las influencias a nuestra fe están más allá de nuestra península. En los territorios del sureste. Hay quienes piensan que los primeros pobladores de la península llegaron cruzando el mar salado, y no el desierto del norte. Por lo tanto, posiblemente nuestra religión tendría influencias de más allá de nuestro reino, al sur.

—Una hipótesis interesante..., y polémica.

—Así es, misri Yamila. La creencia común es que los primeros pobladores llegaron atravesando el desierto, no el mar.

—No solo eso. La enseñanza pura mantiene que la Primera Ungida recibió la revelación aquí, en la península.

—En Zurmeldán, sí. Pero mi teoría no va en contra de la enseñanza pura. Mi hipótesis es que la religión ungida recibió *influencia* de más allá de las fronteras, pero fue *establecida* en Zurmeldán, en el Monte del Templo.

Una pausa. La secretaria asintió con la cabeza.

—Muy bien, erudita. Me gustará mucho leer el ensayo cuando lo termine.

—Agradezco sus palabras, misri.

Se puso de pie y dijo:

—Por favor sígame.

¡Creo que funcionó!, se dijo. Disfrazarse y actuar como alguien más era parte de su arsenal como mercenaria. A veces se preguntaba si en otras circunstancias habría sido una buena actriz. De cuando en cuando llegaban las caravanas de los nómadas, con sus juglares, payasos, acróbatas, domadores de serpientes, magos, y la compañía de actores, quienes erigían un pequeño teatro donde recreaban las antiguas leyendas o los sucesos polémicos de la corte real, siempre con humor y un toque de sarcasmo.

La secretaria tomó una lámpara y la guió a través de una puerta, a lo largo de un pasillo, luego doblaron a la derecha y descendieron por unas escaleras de caracol. Al llegar abajo, los recibió un salón grande circular, en donde un guardia armado con lanza resguardaba una de las tres puertas. No llevaba yelmo ni peto de acero, sino una brigantina de cuero.

Alina hacía nota mental del recorrido, en caso de que tuviera que huir de allí. Si algo no deseaba era quedarse atrapada dentro de la biblioteca.

Un guardia, y armado. Salir no será tan sencillo.

Sobre todo porque ella, al ir vestida de erudita, no llevaba espada al cinto. De hecho, estaba prohibido entrar armado a la biblioteca. Todo visitante dejaba las armas para ingresar.

Solamente se atrevió a esconder una navaja en la bota, esperando que no la revisaran pues levantaría sospechas una erudita con un puñal escondido en el tobillo.

El guardia, al reconocer a la secretaria, abrió la puerta que por la gracia de la Madre no estaba cerrada con candado o traba. Anduvieron por otro pasillo, y al final, para sorpresa de Alina, los esperaba otro guardia. Igualmente, abrió la puerta; sin embargo, esta segunda sí se abría descorriendo un pasador metálico.

Maldita sea, pensó. Este lugar está más protegido de lo que pensé. ¿Pasaremos por más guardias?

Accedieron a un salón grande y lleno de libros. Un escalofrío le recorrió los huesos de la espalda. Supo de inmediato que estaban en el cuarto de los libros prohibidos. El escalofrío fue tanto de emoción como de..., no estaba segura cómo describir lo que sentía. Tenía la piel de gallina. Sentía una extraña opresión en el pecho.

El salón, oscuro pero iluminado por candelabros, tenía varias columnas que llegaban hasta el alto techo, del cual entraba un poco de luz por un tragaluz cerrado con vidrio y una rejas metálicas. Los libreros eran de piso a techo, y en el centro una mesa larga con códices y otras mesas más pequeñas en los extremos.

En una de las esquinas, otro guardia, también con lanza, vigilaba el salón.

¡Por el Espectro y sus demonios! ¿Otro guardia?

Inmediatamente lamentó invocar al Espectro aunque fuera en sus pensamientos. Sobre todo en ese lugar, lleno de libros ocultistas. Aunque no era demasiado religiosa, prefería no tentar el furor de la Diosa Madre, o de Sairoadán⁷ mismo.

—Cuando termines tu estudio —dijo la secretaria—, puedes avisar al guardia, quien te dejará salir. Te recuerdo, por supuesto, que ningún libro puede abandonar este salón.

—Por supuesto —respondió.

—Que la Madre te conceda un tiempo provechoso, erudita —dijo al salir.

Cuando la puerta se cerró, Alina se preguntó como demon..., cómo rayos lograría salir de allí con un libro prohibido bajo sus túnicas.

10. LA BOTA



Salón de libros prohibidos

Miró al guardia, pero este no le regresó la mirada. Simplemente veía hacia el frente, los ojos entrecerrados.

Se paseó por el salón, admirando los libros, sintiéndose como una niña pequeña en una tienda de dulces.

Santa unción, este salón está lleno de tesoros. No puedo creer que estoy aquí.

No olvidaba que había sido criada por las tribus del norte, clanes guerreros que enfatizaban el arte del combate por encima de la erudición. Sí, todos los niños aprendían a leer, pero no había una sola librería en su pueblo. ¡Le daba risa tan solo pensar en esa posibilidad! ¡Una librería en su pueblo, ja!

La única que poseía unos cuantos códices era la sacerdotisa, pero principalmente copias de libros sagrados, registros genealógicos, y las crónicas del clan. La sacerdotisa de su pueblo había sido una mujer de avanzada edad que no veía bien. Así que varias veces Alina se escabulló dentro de su tienda para leer los libros. Pronto los conocía de memoria. Sobretudo disfrutaba leer las crónicas de los grandes guerreros de la tribu, tanto hombres como mujeres, que vivieron en las montañas rojas incluso antes de la fundación de Zurmeldán. Por esa razón los montanos, aunque vivían en la península, se sentían independientes. Incluso la Corona, últimamente, prefería ignorarlos. Siempre que no causaran problemas.

Probablemente allí, leyendo esos códices, había iniciado ese amor por las letras que su padre nunca entendió.

Sacudió la cabeza para esfumar esos recuerdos.

Necesitaba concentrarse en la misión y encontrar el libro específico. Recordó la descripción que le dio el Benefactor: *Mide aproximadamente un palmo, así que es pequeño, encuadernado en cuero con un listón carmesí.*

En el salón había códices de todas las dimensiones, y muchos coincidían con la descripción del tamaño: un palmo. Pero ninguno con un listón carmesí.

—Si necesitas ayuda en algo, erudita, puedes dejarme saber.

Alina se asustó al escuchar la voz. Allí, en una esquina en la penumbra, una mujer sentada le sonreía. Vestía la túnica blanca de lino de las ungidas, y el cordel rojo en la frente la identificaba como madre ungida.

—Madre, vaya que me dio un susto. ¡Y en este lugar! Traigo el corazón en la garganta.

La madre ungida lanzó una risilla. Era joven, de cabello rubio, ojos esmeralda, y hermosa.

—No te preocupes. El Espectro no podrá hacerte nada si yo estoy aquí. Más grande es nuestra Madre que el Espectro.

—A su bondad me encomiendo —dijo Alina.

La madre se puso de pie, cerró el libro que llevaba en la mano y lo puso en una mesa cercana.

—No recibo visitas aquí con frecuencia —dijo la madre ungida.

—¿Visitas?

—Bueno, así me siento. Paso mucho tiempo aquí, y casi nunca vienen personas a este salón, ni siquiera eruditos. No sé si es por miedo o indiferencia.

Le sorprendió escuchar que una madre ungida pasaba mucho tiempo en el salón de los libros prohibidos, uno repleto de códices ocultistas, herejes y sectarios.

—¿Usted pasa mucho tiempo aquí?

La madre ungida se encogió de hombros:

—Todo el tiempo que puedo. Soy madre en un templillo,⁸ cerca de la muralla sur. Solo oficio una vez a la semana. Muy poca gente viene. Por lo tanto, me sobra tiempo. La madre visora me

envió allí hace un par de años, para tratar de corregir mis andadas, dijo.

—¿Sus andadas?

—Aparentemente tengo ideas que, digamos, no son tan comunes dentro de la fe. Algunos parroquianos se escandalizaron en el último templo donde oficié, así que la visora me cambió de lugar.

Alina levantó ambas cejas. Apenas la conocía y ya le estaba cayendo bastante bien. Para empezar, las madres ungidas típicamente eran de edad más avanzada, mientras que ella sería ligeramente mayor que Alina, quizá por uno o dos años. Segundo, las madres ungidas tendían a ser serias.

—Mi nombre es siana Larani —dijo inclinándose levemente.

Alina le regresó el saludo:

—Lamal Aldendi.

Espero no me haga muchas preguntas sobre mi investigación. Me da la impresión que ella es mucho más inteligente que la secretaria.

—Mucho gusto, erudita.

—¿Qué está leyendo, siana? Si se puede saber —dijo Alina esperando poder dirigir la conversación hacia la madre ungida.

—Últimamente leo sobre las tradiciones que se practican en la península, en el norte de nuestro reino. Sobre todo en las montañas rojas.

—¿Ah, sí? —Alina agradeció que llevaba puesto maquillaje, pues sintió que sus mejillas se sonrojaron apenas un poco al escuchar mencionar sus tierras. Quizás lo mejor era alejarse de ese tema, no fuera a ser que dijera algo que la siana considerara extraño o fuera de carácter. Sin embargo, se le salió—: Soy de Hinarám.

—¡De veras! —respondió siana Larani—. Muchas de las tradiciones y supersticiones del valle se remontan a las de las montañas..., como estoy segura que sabes probablemente mucho mejor que yo.

—Así es, siana. Aunque todo el valle sigue la fe ungida, las antiguas tradiciones son de las montañas. Casi todo el valle de Hinarám fue poblado por los montanos en los siglos antiguos.

—¿De dónde eres, en específico? —pregunto Larani.

—De un pueblo pequeño. Una aldea, más bien, llamada Julde —mintió.

La madre ungida se quedó pensativa por un momento. Por supuesto, Julde existía, y Alina había pasado por allí.

—Lamentablemente no he visitado el valle —respondió Larani—. Pero algún día. Iré a Hinarám, a la Isla del Dragón, a Acós.

—¡Acós! Allí solo se llega en barco, o cruzando toda la cordillera de Alamín, que es demasiado peligroso.

—En barco. Lo haré en barco. Pero es difícil viajar cuando estás a cargo de un templillo —dijo, aunque más para sí misma. Luego agregó—: ¿Tú, erudita? ¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Pasé la primera parte de mi vida en el valle. Luego me fui a la capital, y de allí en barco hacia acá. No he viajado mucho, para ser sincera. Pero conozco suficientemente bien la región del valle, de la capital, y de Xulde. Quizás algún día visite la Magna Biblioteca de Percoratán. O de Saldel. Aunque el viaje Saldel por la llanura dicen que es peligroso. Los habitantes de las llanuras son..., ¿cómo decirlo?

—Por algo le dicen «la llanura salvaje».

Alina tenía muchísimas ganas de visitar la llanura. Los pueblos de esa región desértica vivían bajo sus propias reglas y leyes, puesto que el ejército en su gran mayoría acampaba en la frontera

norte, o patrullaba Zurmeldán, Xulde y Percoratán, que eran las tres grandes ciudades en la enorme Bahía de los Cangrejos. Los ducados de Saldel, en la costa del extremo este, y de Acós, al norte, tenían sus propios ejércitos, aunque servían la Corona.

La llanura era tan diferente que era el único territorio en todo el reino en donde se permitían los sacerdotes, hombres. Unos quinientos años antes se firmó la llamada «cláusula de excepción», la cual permitía a hombres eunucos officiar los sacrificios. La razón es que esos territorios eran tan peligrosos y despiadados que las pocas madres ungidas que officiaron allí terminaron muertas o secuestradas por las bandas de ladrones o las tribus llaneras.

Los sacerdotes, por lo tanto, podían officiar en la llanura, y se permitía que los padres visores asistieran a los Consistorios, pero solo como escuchas, sin derecho a votar.

—Por la gracia de nuestra Madre, deseo que te sea concedido viajar a esos lugares —dijo la siana—. Quizás, si la Diosa lo permite, nos encontremos por allí.

—Eso me gustaría mucho, siana —dijo Alina. Por alguna razón sentía una conexión con la madre ungida. Le parecía una persona sincera e inteligente.

—¿Por qué no me visitas algún día en mi templillo? Siempre necesito un poco de conversación. Conversar con una erudita me hará bien.

—¡Por supuesto!

La madre ungida tomó un zurrón que había dejado en el suelo, de donde sacó pluma, tintero, y un cuadrito de pergamino, en el cual escribió algo y se lo dio.

—Te dejé instrucciones para llegar.

—Gracias, siana.

—Pues bien, yo me tengo que retirar. Te deseo éxito en tu búsqueda.

Alina involuntariamente se tensó:

—¿En mi búsqueda?

—Sí. En tu búsqueda de conocimiento.

La madre ungida fue hacia la salida. El guardia golpeó la puerta tres veces con el dorso del puño, se oyó descorrer el pasador, y el guardia del otro lado abrió.

En el umbral, la madre ungida miró a Alina y le dijo:

—Erudita, trae una de las cintas de la bota desabrochada. La derecha. Me encargaría de ello inmediatamente, no vaya a tropezarse.

Dicho eso, salió.

¡Maldición! No es que llevaba la cinta desabrochada, sino que la navaja asomaba ligeramente. Inmediatamente se agachó, la escondió de nuevo, y de soslayo comprobó que el guardia no se había percatado.

Pero la siana sí. Y de todas maneras no alertó al guardia.

Interesante.

11. EL GUARDIA

NO LE HABÍAN dicho cuánto tiempo tenía. Tampoco estaba segura si repentinamente entraría la secretaria para decirle que tenía ya que salir del cuarto de los libros prohibidos, que el tiempo se le había agotado y que tendría que regresar mañana.

¿Le darían autorización para regresar? ¿O habría que solicitar otro permiso? No tenía idea.

Es por eso que, dos horas después, comenzaba a sentirse nerviosa al no encontrar lo que buscaba. Se quitó la capa, porque sudaba.

¿Sería que el Benefactor tenía la información equivocada? Si era un libro muy buscado, o peligroso, posiblemente estaba en otro lugar, bajo un resguardo más significativo. No dudaba que la biblioteca tuviera algún tipo de caja fuerte, donde protegían ciertos libros por su valor, delicadeza, o vaya uno a saber por qué.

En el salón había dos escaleras, una para cada extremo largo, y Alina usaba una de ellas para registrar los libros de la hilera más alta, en una de las esquinas. Si se caía se rompería una pierna.

Lo peor de todo es que al parecer ese libro no tenía nada escrito en el lomo. Y en esa habitación habrían cientos de libros.

Paciencia, Alina. Estos trabajos siempre necesitan paciencia.

Todo sería peor si se desesperaba, los errores sucedían cuando se desesp...

Diosa Madre.

Allí estaba. Sacó uno de los códices y vio el listón rojo sujetando la cubierta de cuero.

La respiración se le hizo pesada. El corazón se le aceleró. De nuevo, echó un vistazo al guardia, pero aquel no tenía interés en ella.

Sin bajarse de la escalera desabrochó el nudo sencillo que sujetaba el libro y lo abrió en la primera página. Los caracteres eran de zumel antiguo, que aunque la mayoría estaban ya en desuso, todavía los podía reconocer. Decía:

Runar de Kalmideni.

Que la Madre me proteja. Lo encontré.

Su túnica tenía un bolsillo interior lo suficientemente grande para esconder el libro. Como si fuera lo más natural del mundo, en cuestión de dos latidos lo había guardado allí.

El guardia, absorto en sus propios pensamientos, ni siquiera pestañeó.

Mejor salir de aquí ya, pensó. No tenía caso pasar más tiempo en el salón, por más curiosidad que sintiera por explorar el resto de los libros. Esperaba que algún día pudiera regresar, pero ya tendría tiempo para planear eso. Por ahora, necesitaba largarse.

Estos son los ciento sesenta y cinco talanes más fáciles que he hecho en mi vida.

Pensó que, entregado el libro al Benefactor, se tomaría unas pequeñas vacaciones. El tipo de vacaciones que tenía en mente no era pasar un tiempo en la costa sin hacer nada. Quería comprar libros y viajar. Nunca había visitado las dos grandes islas al oeste del reino, la del Dragón o la de

las Lágrimas. Ambas le llamaban la atención, en especial la del Dragón por los rumores que era guarida de piratas y que todavía anidaban dragones dentro del volcán. Sería difícil encontrar un barco que quisiera ir allí, puesto que la mayoría de los marineros la consideraban maldita, pero siempre había un capitán que con suficiente plata en el bolsillo estaba dispuesto a ir a donde fuera.

Habiendo bajado las escaleras, se puso la capa y se dirigió a la salida. Le dijo al guardia:

—Estoy lista para salir.

El soldado, de unos dieciocho años, parecía casi un niño, ahora que lo observaba mejor. Tenía las mejillas salpicadas de acné.

—Por supuesto, erudita —dijo.

Esto fue pan comido, pensó.

—Si me permite, voy a revisarla —agregó el soldado.

—¿Cómo dices?

—Revisarla, erudita. Es protocolo.

Alina frunció el ceño:

—No vi que revisaras a la madre ungida.

—No, erudita. La madre ungida tiene un permiso especial. Además..., es una madre ungida —agregó, como si eso explicara todo—. Por favor, extiende ambos brazos y las piernas. Una disculpa, erudita, pero es protocolo.

Por el bendito Templo. Lo único que me faltaba. ¡Maldición!

Extendió los brazos y apartó los pies. Por fortuna el guardia comenzó palpando desde su rodilla, así que no sintió la navaja. Las manos subieron, sin tocar sus genitales, pero cerca, aunque con profesionalidad, como si fuera un médico. Revisó su cintura, su espalda...

Quizás, solo quizás, no lo note.

Sus manos se detuvieron al sentir el libro oculto en su seno.

Las cejas del guardia se contrajeron sutilmente.

Antes de que levantara la vista, Alina, con ambas manos, lo tomó por la nuca, hizo descender con fuerza la cabeza del guardia y le dio un rodillazo en la nariz.

El golpe fue fuerte y seco. La nariz hizo *crac*.

El guardia se desplomó, sangre corriendo de su nariz, los ojos en blanco.

12. EL ESCAPE

SE QUEDÓ VIENDO al joven guardia en el suelo, sorprendida de lo rápido que sucedió todo. Habiéndose quedado sin opciones, tuvo que improvisar.

Estaba segura que al escuchar el ruido, el guardia del otro lado abriría la puerta listo para investigar. Pero no. La puerta permaneció inamovible.

De repente, el joven guardia comenzó a recobrar el sentido. Balbuceó algo, la saliva mezclada con sangre saliendo por la comisura de sus labios.

Ni modo. Tendré que seguir improvisando.

Sacó la navaja de la vaina en la bota, y golpeó la puerta tres veces. El pasador metálico se descorrió. La puerta se abrió.

No quería matarlo. Optó por atacar con un golpe a puño cerrado directo a la cara, la navaja en la mano izquierda solo por si necesitaba usarla. Frecuentemente combatía con espada y daga, así que no tenía problema en llevar la navaja en la siniestra. Esperaba que si lograba conectar un buen golpe, desorientaría al guardia y podría dejarlo inconsciente con un puñetazo bien colocado.

Pero este segundo guardia tenía reflejos de gato. Al percibir el movimiento rápido en su dirección, logró mover la cabeza a la izquierda, de modo que los nudillos de ella apenas y conectaron en la mejilla, no con suficiente fuerza como para aturdirlo.

Peor aun, el guardia contraatacó con su codo, el cual se encontró con la quijada de Alina y la mandó hacia atrás viendo puntitos luminosos. Se tropezó con el guardia en el suelo y cayó de sentón, deteniéndose con los codos para evitar golpearse la nuca.

Esto no va nada bien.

—¿Pero qué..., *pero qué demonios?* —dijo el de la lanza al ver a su compañero en el suelo, ensangrentado y todavía sin reincorporarse, aunque ya se movía más y se quejaba del dolor con un gruñido.

—¡Santa unción! ¡No te muevas! —le gritó a ella.

Alina no solamente se movió; se levantó con un salto hacia atrás, lanzando las piernas por encima de la cabeza y, con el impulso, cayó de nuevo sobre sus pies. Pasó la navaja a la mano derecha.

—No te quiero matar —le dijo al guardia—. Déjame pasar. —Tan solo lo dijo se percató de las absurdas palabras que acababan de abandonar sus labios.

El guardia tomó la lanza con ambas manos y adoptó posición de combate. Dirigió la punta metálica hacia ella.

—¡Estás arrestada! ¡Tira la navaja inmediatamente! ¡Tengo permiso para usar fuerza letal!

Alina maldijo entre dientes y se acercó a su enemigo. El guardia entendió lo que eso significaba, pero intentó razonar con ella.

—Por favor, erudita, no me obligue.

—No te quiero matar —respondió ella, de nuevo.

El guardia embistió. Un ataque sencillo, estándar, lanzando la punta metálica hacia adelante con fuerza, buscando su estómago. Le sorprendió un poco que usara inmediatamente la fuerza letal. Quizás al ver a su compañero en el suelo, inconsciente, decidió que no se arriesgaría con ella.

Desvió con la mano izquierda y contraatacó con una patada circular a la cara, que esta vez sí dio en el blanco.

El combate con las piernas no era parte del entrenamiento de los soldados del reino. Se les enseñaba a usar las armas convencionales, y un poco de defensa y ataque cuerpo a cuerpo, tradicional. Sin embargo, en las tribus del norte, sobre todo aquellas que practicaban el *daiwá*, se enseñaba a usar el cuerpo entero para luchar, tanto así que las patadas eran tan efectivas como un puñetazo, y muchas veces más, pues el golpe y con las piernas tiene más poder que el de un puño debido al impulso y la masa muscular de las piernas.

Ugh, gritó el soldado cuando la cabeza le sacudió con el impacto. Antes de que se recuperara, le dio una segunda patada, pero esta vez entre las piernas, con toda su fuerza. Ahora el grito fue más audible, aunque ahogado. El soldado soltó la lanza, cayó de rodillas, puso ambas manos sobre sus genitales, y tosió. Alina le dio un porrazo en la sien con el pomo de la navaja, y el hombre se fue hacia atrás.

—¡Qué está pasando! —escuchó frente a ella. Era otro guardia, el que resguardaba la puerta del salón circular, quien ahora corría hacia acá con lanza en mano. Había escuchado la escaramuza.

Alina tomó la lanza en el suelo y guardó la daga atravesándola en el cinto, a su espalda. No esperó a que su nuevo atacante se aproximara. Corrió hacia él por el pasillo.

El guardia, desconcertado, se detuvo.

—¡Pero qué...! —dijo—. ¡Detente!

Las lanzas conectaron. El soldado hizo un movimiento defensivo, deslizándose hacia atrás y desviando la punta de Alina hacia arriba. Con un grito arremetió contra ella.

Por poco. El filo de la punta pasó por encima de su hombro derecho, fallándole al cuello por nada.

Diosa. Es buen lancero. Y trae brigantina. Yo nada de protección.

Alina montó su agresión, pero el otro se defendía bien y respondía con movimientos practicados de la lanza.

—¡En el nombre del rey, detente! —dijo el guardia, probablemente con la intención de gritarlo para llamar la atención de algún compañero, pero el jadeo no se lo permitió.

Acometió Alina con un ataque de barrido vertical descendente, y la punta alcanzó la nariz y barbilla del guardia, quien exclamó y cerró los ojos por el dolor. Con esa distracción, le clavó la lanza en el hombro, donde la protección no le cubría. Finalmente, le abrió la frente con la parte sin filo de la punta metálica. El soldado cayó al suelo, inconsciente y malherido.

Corrió por el resto del pasillo, llegó a la puerta que estaba abierta y la cruzó con cuidado, por si algún otro guardia la esperaba allí. Pero no. Las otras dos puertas seguían cerradas, así que se dirigió a las escaleras de caracol y las subió con sigilo, aunque no se escuchaba a nadie descendiendo.

Llegó al final, tomó el pasillo corto hasta arribar a otra puerta. La abrió con determinación, y allí estaba la secretaria en su saloncito, escribiendo algo. Al escuchar la puerta abrirse, se volvió y los ojos se le abrieron grandes, como una lechuza, al ver a la erudita llena de sudor, sin el gorro puesto, pues lo había perdido en la escaramuza sin darse cuenta, y más sorprendente todavía, una lanza en la mano.

Su cara reflejaba sorpresa y espanto. Abrió la boca para decir algo, pero nada salió de su garganta.

—Perdóname, misri —dijo Alina acercándose, y la secretaria debió percibir que estaba delante de una mujer peligrosa, porque los ojos se le llenaron de lágrimas y levantó ambas manos.

Sintiéndose mal, le dio con el puño un trancazo fuerte en la quijada. La cabeza de la secretaria se golpeó contra el escritorio, y se derrumbó en el suelo, aturdida, con los ojos perdidos.

La Diosa me perdone. Pero tengo que escapar antes de que alguien dé la alarma y este lugar se llene de guardias.

Salió de allí y se apresuró por el pasillo oscuro. Llegó hasta la puerta que daría a la sala común de la biblioteca, y recordó que traía todavía la lanza en la mano. No podía salir a la sala común con un arma. Así que la recargó allí, junto a la puerta, y la abrió.

De regreso a la sala común, la cual estaba en silencio. Miró a su alrededor. Había poca gente, y nadie notó su presencia.

Se tomó un momento para recuperar el aliento. Cerró los ojos y respiró hondo, con fuerza. Se palpó el pecho, para asegurarse que todavía llevaba el libro, escondido. Sí, allí seguía.

Recorrió, entonces, un pasillo con libreros altos a ambos lados y, al dar vuelta a la derecha en la esquina, se golpeó con algo. Fue como estrellarse contra una pared, tan fuerte que si no la hubiera detenido uno de los libreros, habría caído al piso.

—¡Por la Diosa! ¡Erudita, perdón!

Había chocado contra el chico guapo, el de los ojos azul oscuro.

—Está bien, no te preocupes —respondió ella sobándose la mejilla, donde había recibido el golpe.

—¿Segura que está bien? Por la unción, soy un estúpido. Aquí hay una enfermería, permítame por favor llevarla.

—No, no, estoy bien.

Dos personas se acercaron, y una tercera se asomó.

Notó que ahora el joven la observaba con los ojos entornados, probablemente por cómo se veía, con el cabello alborotado, el sudor haciendo surcos en su maquillaje, y otra cosa que apenas notaba, su túnica rasgada en el hombro.

Balbuciendo algo, se retiró de allí. Llegó al vestíbulo, lo atravesó con premura, salió por las enormes puertas y bajó la escalinata.

Nadie le dijo nada. Ninguna persona intentó detenerla. Un guardia, apostado junto a las puertas, ni se movió al verla alejarse.

Oscurecía. Se alejó de allí, agradecida de salir con vida. En el extremo de la plaza exterior a la biblioteca un mercado ambulante se preparaba para cerrar, los mercaderes guardando las cosas y quitando las tiendas.

Estaba por adentrarse en el mercado cuando se detuvo de bruces.

Se palpó sus túnicas.

No tenía el libro.

13. UN ENFRENTAMIENTO

INMEDIATAMENTE SUPO QUIÉN era el culpable.

Ella también era una ladrona (en parte, por lo menos; no le gustaba pensar sobre ella en esos términos, prefería *mercenaria*), así que se sabía las técnicas.

El joven de los ojos azules era el responsable.

¿Cómo podía haber caído en algo tan..., tan simple? Aunque admitía que se necesitaba mucha práctica para robarle el libro sin que se diera cuenta. Se preguntaba si había sido en el golpe inicial, o cuando se acercó para «ayudarle» mientras ella se sobaba la mejilla. Él le había buscado la mirada, que era la técnica perfecta para que, mientras hacía contacto visual, pudiera robarle el libro. ¡Pero había estado en un bolsillo interior! Era bueno, ese ladrón hijo de Gadalón. ¡La Madre lo fulmine!

Malditos sean los espíritus espectrales. No caigas en pánico, Alina. ¡Tranquila!

Pero no se sentía tranquila. Acababa de perder el libro y su recompensa. Peor aún, ella hizo todo el trabajo, mientras que el ladrón simplemente se aprovechó de su esfuerzo.

—¡*Forjat shejata!* —maldijo en voz alta.

Tendría que regresar a la biblioteca a buscarlo. Apenas se dio la media vuelta y lo vio, bajando las escaleras de la biblioteca, el muy maldito con una sonrisa en el rostro.

La Diosa está de mi lado, pensó.

Ella se quedó paralizada, esperando que no la hubiera visto. El joven no anduvo en su dirección, sino que dobló a la derecha, hacia el suroeste, por una calle ancha.

Alina se puso en marcha, siguiéndolo a una distancia prudente.

No te me vas a escapar.

Tocó con la punta de los dedos su navaja escondida en la espalda, bajo la capa. Por lo que podía ver, él no tenía arma alguna. Sentía que hervía por dentro, del enojo. Probablemente tendría que deshacerse de él. Acercarse en algún lugar oscuro y atravesarle el riñón.

Su sangre sería culpa de él mismo. No de ella. Este era un juego peligroso, mortal, y él decidió jugarlo.

Puesto que apenas comenzaba la primera vigilia, todavía mucha gente caminaba por las calles. Así seguiría por lo menos unas dos o tres horas más. Tendría que actuar pronto. Apretó el paso, acortando la distancia entre los dos. Esa calle, una de las principales, continuaba derecho por un buen tramo. Sin embargo, el joven dio vuelta a la izquierda por un callejón más angosto, adentrándose en uno de los barrios de la ciudad.

Inteligentemente, el ladrón solamente andaba por calles transitadas o iluminadas por las lámparas que los ciudadanos, con frecuencia, dejaban en alguna ventana para alumbrar las calles. Por lo menos hasta ese momento no había tomado ninguna que estuviera sola o mal iluminada.

Habiendo pasado un cuarto de hora siguiéndolo, Alina se desesperaba.

El ladrón tomó un callejón a la derecha. Este sí estaba solo y sin alumbrar. Era su oportunidad. Sin embargo, la callejuela era corta y el joven dobló a la izquierda. Ella se apresuró.

Al llegar a la esquina, primero se asomó subrepticamente, no fuera a ser una emboscada. No cometería el mismo error que en la biblioteca.

Frente a ella una plaza pequeña, abandonada y oscura. En el centro un kiosco, con varias bancas alrededor y algunos árboles en mal estado. No veía a nadie..., ¡momento! Allí, adelante, se movía una sombra.

En silencio se escondió detrás de un árbol, luego avanzó hasta otro. Se quedó allí, pues el ladrón se detuvo junto al kiosco.

Se encendió una linterna en el otro extremo de la plaza, y una figura se acercó al joven hasta estar a unos cinco pasos de él.

Alina reconoció al de la lámpara. Era el líder runarita al que se enfrentó el Benefactor.

—¿Lo tienes? —preguntó el runarita.

—Lo tengo.

—¿Y ella? ¿Te deshiciste de ella?

—Está muerta —respondió el ladrón.

—¿Tienes prueba?

—Si digo que está muerta es porque lo está. Suficiente prueba es que tengo el libro.

—Bien. Dámelo.

—Dame el dinero primero, como acordamos.

El ladrón había mentido sobre matarla. ¿Por qué? ¿Por pragmatismo? ¿Para recibir más dinero? ¿O habría otra razón más... noble?

El runarita sacó una bolsita que tintineó y se la lanzó. El joven la atrapó, revisó adentro y asintió.

—Aquí está —dijo enseñando el libro.

El seguidor del hechicero Runar de Kalmideni dejó la linterna de mano en una banca junto a él y tomó el libro.

—Un placer hacer negocios —dijo el joven listo para retirarse.

—Ni un paso, ladrón —le ordenó el runarita—. No hasta que revise el libro.

—Lo que ese libro sea o diga adentro no me concierne —respondió el joven dándose la vuelta. Apenas dio cuatro pasos cuando el silencio de la noche se rompió con el sonido metálico de una espada desenvainándose.

—*Dije que alto* —reafirmó el runarita. El joven de los ojos azules se detuvo y miró al otro por encima del hombro. El runarita tenía la espada en la derecha y en la izquierda el libro, abierto, examinándolo de cerca.

—Este no es el libro.

—¿De qué estás hablando?

—Este no es el libro.

—Imposible. Es el que le robé a la mercenaria.

¡Espíritus infernales!, pensó Alina, que escuchaba todo desde su escondite. *Sabe incluso a lo que me dedico. El muy bribón no solo me robó a mí, ahora quiere embaucar al runarita.*

—*¡Estúpido!* ¿Crees que puedes engañarme? ¿Dónde lo tienes? ¡Dámelo, ahora!

El seguidor de Runar lanzó al suelo el libro y se aproximó hacia el joven. Este, en un respiro se dio la vuelta y desenvainó una daga que sacó de quién sabe dónde.

—Debes estar *demente* al intentar engañar a los seguidores de Runar. ¿Sabes quiénes somos? ¿Lo que podemos hacer?

—Tranquilo, amigo. Debe ser un malentendido.

Pero el otro no andaba de humor para tener una conversación. Se abalanzó contra el joven,

quien se defendió con la daga. Salieron chispas del primer encontronazo. El ladrón se defendió con habilidad, pero la llevaba de perder, pues su contrincante no solamente atacaba con buen acero, sino que sabía usarlo.

Alina se hizo de su daga, que apenas medía un palmo. Decidió permanecer en la oscuridad y ver cómo se desarrollaban las cosas. En ese momento, ¿qué podía hacer? No iba a defender al ladrón, ese maldito mezquino.

Por mí que lo mate, y luego lidio con el otro.

Para su sorpresa, el joven se agachó, tomó una piedra con la izquierda y la lanzó con fuerza, dándole al runarita en la frente. Maldijo. La sangre corrió. El joven se echó a correr, huyendo.

—¡Necio! —gritó el runarita—. ¡Gadalón te maldiga! —Luego, con voz tronante, dijo—: *Juriajat.*

Una explosión. Como cuando un relámpago cae sobre un árbol. Un momento el joven huía, el próximo instante salía impulsado hacia atrás por el choque de la onda de una explosión que se materializó frente a él. Cayó al suelo dando tumbos, perdiendo la daga.

El joven ladrón, aturdido, buscó su arma alrededor, sin encontrarla. Levantó la vista, encarando al otro.

El runarita se acercó y levantó la espada.

14. UN HECHICERO

ALINA, BOQUIABIERTA, SE sacudió.

¿Qué acababa de ver? ¿Qué *demonios* había sido esa explosión? ¿Acaso fue... magia? Imposible. No, probablemente había alguna explicación lógica. Desde pequeña escuchaba de la existencia de magos y hechiceras en el reino. Incluso, se decía, algunas ungidas tenían habilidades poderosas. Sin embargo nunca había visto magia con sus propios ojos. Jamás. Era tan extraña, tan escasa, y tan sorprendente como ver un dragón.

—¡Alto! —gritó el joven, extendiendo una mano—. Aquí lo tengo. Tómallo.

El runarita se detuvo, con la espada todavía en alto.

Sacó de sus túnicas el libro, pero en lugar de extenderse, lo abrió con ambas manos y agregó:

—Si das un paso, ¡lo rompo!

—Ladrón de los demonios —masculló, los ojos desorbitados—, ten cuidado con ese libro. Vale más que tu vida diez veces.

El joven se puso de pie, todavía con ambas manos en las pastas del libro, los codos salidos como si estuviera a punto de romperlo en dos.

—Ese libro es una reliquia, ladrón bastardo —dijo el runarita entre dientes, bajando la espada, pero todavía lista para atacar—. Está maldito. Si lo rompes, te vas a morir.

—Pues me muero, entonces.

Los dos se observaron, midiéndose pero inmóviles.

—Te juro por la Diosa Madre que lo rompo antes de que me agujeres el pecho. ¡Enfunda y te lo daré!

—Tengo otras formas de matarte, además de la espada, hijo del Engendro.

—Veamos quién es más rápido, entonces. ¡Enfunda!

El runarita maldijo en voz baja y agregó:

—Eres de lo más bajo, de lo más ruin. Hicimos un trato, y lo honramos.

—¿Lo honraron? ¿En serio? ¿Crees que soy un *estúpido*? Sabes bien que en la bolsita que me lanzaste no hay cien talanes.

—Ya te habíamos dado cien, ladrón.

—El trato era doscientos. No soy tonto, runarita. Pero ya estaba advertido sobre ustedes *hechiceros* —escupió esa última palabra.

—¿Imagino que también la dejaste viva adrede? ¿A la mercenaria?

—Matarla no tiene sentido.

—¡El sentido no tiene nada que ver con esto! ¡Era un trato!

—Que la Madre maldiga tus tratos, y que el Espectro te posea.

—¿Con que te enamoraste de la chica, eh? Admito que es hermosa. Pero es peligrosa. Ella será tu fin, niño.

El joven ladrón, desafiante, lanzó una carcajada.

—Quédate con tus especulaciones, hechicero del infierno. Ya te lo dije: das medio paso hacia mí, y olvídate de tu libro.

El runarita permaneció allí, respirando fuerte, como toro. Finalmente, con lentitud, puso la espada en el suelo, junto a sus pies.

—No te muevas —le dijo el joven y, con cuidado, dejó el libro en el suelo y comenzó a retirarse, caminando hacia atrás, sin dejar de ver al oponente.

El runarita extendió con rapidez el brazo izquierdo hacia adelante y de su palma abierta salió un relámpago verdiazul que le dio al ladrón en el pecho.

El joven aulló y se agitó como uno poseído por los espíritus malignos. Cuando el relámpago desapareció, el ladrón cayó sobre sus rodillas y se fue de espaldas, humo negro brotando de sus ropas chamuscadas. Seguía vivo, con una expresión de intenso dolor.

El runarita, con una mueca, se llevó la mano al pecho y luego se la examinó. Tenía la carne al rojo vivo. Se percató de que el joven seguía con vida, así que tomó la espada para terminar lo comenzado.

Alina actuaba muchas veces por instinto. Confiaba en ese sentido interno y difícil de explicar que le había salvado la vida innumerables veces, y que también la metió en peligro en otras, por circunstancias que consideraba necesarias.

Fue por instinto que salió de su escondite empuñando la daga y corriendo lo más silenciosamente posible hacia el runarita, por su flanco izquierdo.

A unos pasos de distancia el hechicero se dio cuenta.

—¡*Shejata!* —maldijo el runarita al defenderse.

Alina le dio un buen tajo en el pecho seguido inmediatamente por uno en el mentón.

Con la sangre brotando, el hechicero se abalanzó contra ella, pero estaba cansado. Alina había leído que toda práctica de manipulación mágica tenía efectos secundarios. Esos efectos dependían del poder efectuado. Algunos manipuladores morían tan solo practicando las artes de la hechicería. Sospechaba que algo así le sucedía al seguidor de Runar, por el daño en su mano y su profundo jadedar.

El joven ladrón recuperó el conocimiento. Encontró su daga y, caminando con dificultad, se apresuró a unirse a la escaramuza.

Dos contra uno. Estaban en ventaja, excepto si el hombre decidía de nuevo atacarlos con algún poder. Existían las reliquias de protección, que se adquirían por mucho oro, pero francamente ella no tenía ni idea de dónde comprar alguna. Incluso en su tiempo como mercenaria jamás había recuperado (por no decir «robado») una reliquia. No que ella supiera.

Si bien el runarita dijo que el libro era una reliquia. ¿Sería cierto?

La herida en la barbilla sangraba abundantemente. Viéndose acorralado, el runarita musitó algo entre dientes, hubo una explosión de aire, y tanto Alina como el ladrón rodaron por el suelo.

Cuando Alina se puso de pie, el hechicero corría como si el mismísimo Espectro lo persiguiera.

—¡Tras él! —dijo Alina, por alguna razón asumiendo que el ladrón la seguiría.

—No, espera, aguarda un momento.

—¡Se nos escapará! —apunto a la callejuela por la que el hechicero se escabullía.

—Es astuto. Si lo seguimos, nos sorprenderá en alguna esquina.

—Algo en lo que tienes experiencia, ¿no? —respondió con atisbo de ira.

—Además, ya viste. Tiene poderes. No podremos derrotarlo así.

—¿Imagino que tienes una manera? Explícate o me largo tras él. Me importa un bledo si es el mismísimo Gadalón.

—Tengo un plan. Y sé exactamente adónde se dirige.

Eso la hizo hacer una pausa:

—¿Lo sabes?

—Sí. Es astuto, pero no tan inteligente. Conozco la localización de su guarida.

—Vayamos, pues.

—No, primero necesitamos protección

—¿Vas a decirme que tienes una reliquia?

—¿Una? No. Tengo varias. Si me crees, sígueme.

Se puso en marcha en dirección contraria al hechicero.

Alina, renuente, lo siguió.

15. LA COFRADÍA

ERA UN EDIFICIO viejo, angosto, de ladrillo. El ladrón encendió una candela de bolsillo y entraron a un pasillo que apenas permitía pasar a una persona. En el extremo, subieron por una escalera metálica de caracol tan angosta que Alina, quien era muy delgada, avanzó con dificultad. Llegaron al cuarto piso, por otro pasillo, y pasaron de largo dos puertas. A la tercera, el joven golpeó a la puerta tres veces, pausa, dos veces, pausa, cuatro veces.

Esperaron.

—Josfat, por cierto.

—¿Eh?

—Mi nombre. Me llamo Josfat. Es mi nombre real.

Alina dudó por un momento. Pero al final dijo:

—Alina.

El joven asintió, como agradecido de que le diera su nombre veraz. Sus ojos azules y penetrantes brillaban a la luz de la vela.

La puerta se abrió. Entraron.

—Bienvenida a una de nuestras guaridas, Alina Araluz —dijo Josfat.

Hizo nota mental de que sabía su posnombre.

Habiendo entrado al cuarto, se detuvo. No era un cuarto, sino un salón ancho que indudablemente abarcaba todo el cuarto piso. Seguramente las dos puertas que pasaron eran falsas, pues no veía otra entrada.

Había de todo un poco. Una mesa larga con mapas, manuscritos, tinteros y plumas. Tres libreros de buen tamaño, llenos de códices. Un armario abierto, con tres espadas, dos lanzas cortas y una larga, varias dagas, un hacha, un garrote. En las paredes dos ballestas y tres arcos colgados, también siete escudos de diferentes tamaños, cinco de ellos oscuros, dos coloridos. En la esquina ardía una chimenea donde, con libro en mano, un hombre viejo, calvo y con barba blanca y enmarañada se puso de pie al verla entrar. Fumaba una pipa.

Quien les abrió era un joven alto, de pecho de barril y gruesos bíceps, cabello rojo rizado, pecas en la piel tostada por el sol, nariz chata y semblante como de niño con cuerpo de hombre.

—¡Diosa bendita! —dijo el grandote al verla—. Qué gusto verla. Soy su fan. —Cerró la puerta sin dejar de mirarla y con la boca media abierta.

—¿Mi... fan?

—Permíteme presentarte a la cofradía —dijo Josfat—. Él es el viejo Pitt. Podrá ser viejo y estar jorobado, pero no dejes que eso te engañe. Es uno de los mejores espaderos del reino.

—A su servicio, misri —dijo Pitt inclinándose.

—Y él...

—Yo soy Roamán —dijo, emocionado, extendiéndole la mano. El saludo con la mano se reservaba para personas con las que había algún tipo de relación cercana, pero Alina no pudo rehusarse. La saludó efusivamente—. Su fan —repitió.

—No entiendo. ¿Mi fan?

—Sí —dijo Roamán—. Tú eres..., eres la... —se quedó con una palabra atorada entre los labios.

—Es ella —le aseguro Jofat dándole unas palmaditas en el hombro.

—Santa ungida —dijo Roamán—. ¡Bienvenida! ¿Te ofrecemos algo? Tenemos el mejor vino del reino, de milagro todavía no nos lo acabamos. ¿Pipa y tabaco? ¿Nueces? Nos acaban de llegar unas nueces de Acós. ¡Una delicadeza!

—Tranquilo, Roamán, que nos la vas a ahuyentar.

—Bueno, yo solamente intento ser buen anfitrión. Tenemos con nosotros a la mismísima..., ¡a la mismísima! Y no le hemos ofrecido ni una copita.

—Muchas gracias. No tengo sed. Solo prisa.

—¿Pisa? —preguntó el jorobado Pitt—. Algo ha pasado, deduzco. ¿No dijiste que sería un trabajo sencillo, Jofat? ¿Que no necesitabas nuestra ayuda?

—Te insistimos —dijo Roamán.

—La primera parte fue sencilla. La segunda resultó ser más complicada de lo que pensé —dijo, dubitativo.

—Por la primera parte te refieres a robarme el libro, ¿cierto?

—¡Qué! —exclamó Roamán—. ¿Le robaste a ella un libro? Esto es noticia para mí. ¿Pitt?

—Para mí también —afirmó el jorobado chupando la pipa y lanzando una bocanada de humo.

—Miren, cuando supe que tendría que robárselo a ella, decidí hacerlo solo. No me lo hubieras permitido, Roamán.

—¡Tienes razón en eso! ¿Robarle a ella? ¡Es nuestra héroe!

Alina sacudió la cabeza:

—¿De qué *demonios* están hablando?

—¿Nos sentamos para explicarte? —preguntó Jofat.

—De pie estoy bien.

—Está bien. Nosotros, la «cofradía del pacto», hemos seguido tus, digamos, aventuras desde lejos. Las hazañas de la Sombra.

—Eres la ladrona más famosa del reino —aventuró Roamán.

—Mercenaria —lo corrigió.

—Sí, la mercenaria más famosa del reino —replicó Roamán sin parecer tomar ofensa.

—¿Cofradía del pacto? —preguntó Alina.

—Una buena historia para otra ocasión —replicó Jofat, evasivo. Luego—: Hace un par de semanas recibí la encomienda de robar un libro prohibido. Por supuesto, no sabía que el que me lo pidió era un hechicero.

Roamán soltó una colorida maldición. Luego, avergonzado:

—Disculpa, misri.

—Disculpado.

—Sabía que era runarita, porque lo seguí hasta su cuartel un par de noches. Pero siempre he pensado que esos cismáticos tienen algo acá que no funciona —dijo señalando su cabeza—.

Cuando me entrevisté con él, me dijo que estabas involucrada. Y déjame decirte algo, Alina, el runarita tenía bastante información sobre ti. Solo puedo suponer que te espiaban.

¿*Me espiaban ellos, o tú?*, se preguntó.

—Esperé a que llegaras a la biblioteca —continuó Jofat—, y aunque traías un buen disfraz, como dijo mi amigo, somos seguidores de tus hazañas, por lo que esperaba algo así. La

conversación contigo dentro de la biblioteca me confirmó que eras tú.

—¿Cómo lo supiste?

—Intuición.

—¿Por eso no me mataste?

—¡Matarla!

—Tranquilo, Roamán. Correcto, no quería, ni quiero, matarte. Podemos hacer equipo.

—¿Por qué querías hacer equipo conmigo? Ya tienes tu dinero, y no creo que saques más de lo que te dieron.

—Porque ese hechicero estafador me cayó mal. Muy mal. Sobre todo cuando intentó rostizarme vivo. Y porque hacer una misión contigo sería...

—Un privilegio, misri —terminó Roamán. Luego agregó—: Después quiero más información sobre eso de «rostizarme vivo».

—Secundo la petición —dijo Pitt.

Alina se cruzó de hombros. Se pasó la lengua por los dientes. Miró a los tres hombres, que le regresaban la mirada.

—Dijiste que tenías un plan. Una manera de derrotarlo. Dijiste que tenías reliquias.

Los tres se pusieron quietos. Evidentemente esa no era información que regalaban. Una reliquia era tremendamente preciada, y mucha sangre, sobre todo en las épocas pasadas, se derramó por conseguirlas. El día de hoy se custodiaban con cuidado, o se traficaban por mucho dinero.

—Tenemos dos, misri —dijo Pitt—. Pero no son reliquias, exactamente.

—¿No? ¿Entonces?

—Son amuletos —dijo Roamán.

—¿Amuletos de protección o de poder? —preguntó ella.

—De protección —dijo Josfat.

Mientras que las reliquias eran artificios que tenían poder imbuido en sí mismas por gracia de la Madre o del Espectro, los amuletos eran objetos «normales» que recibían algún poder, normalmente temporal, por medio de la magia.

No se decidía si debía enojarse porque él había dicho *reliquias*, no *amuletos*, o si debía emocionarse, porque jamás había tenido un amuleto en sus manos.

Esta noche estaba resultando ser extremadamente inusual. Primero, un hechicero. Segundo, amuletos. ¡Diosa!

—Solamente que, para poner todas las cartas sobre la mesa, hay tres inconvenientes.

—Te escucho —contestó, cautelosa.

—El primero es que, como dije, son amuletos. Por lo tanto, su protección es limitada. De hecho, es un amuleto de un solo uso, y perderá su poder a medianoche a partir de su primera utilización.

—¿La medianoche de hoy o de mañana?

—Si lo usamos hoy, la medianoche de hoy. Si lo usamos mañana, la de mañana.

—Pero ya comienza la segunda vigilia. Será medianoche en tres horas o menos.

Josfat dijo que sí con la cabeza.

—Dijiste «tres inconvenientes».

—El segundo es que solo tenemos dos amuletos.

—¿No dijiste que tenías varios?

—Sí. Varios. Plural. Tenemos dos. Eso justifica el plural.

—Diosa Madre—susurró ella—. ¿El tercero?

Josfat miró a Pitt. El jorobado, envuelto en humo, dijo:

—No estamos completamente seguros de que funcionen.

—¿*Qué*?

—Es una larga historia —dijo Josfat levantando ambas manos—. La persona que nos los facilitó es casi siempre confiable.

—Casi siempre —dijo Roamán con la mirada perdida, como recordando algún episodio que prefería dejar en el olvido.

—Así que en una de esas y son pedazos de basura —dijo Alina.

—Correcto, misri —apuntó Pitt, el rostro inexpresivo.

—*Shejata* —dijo Alina—. Dos amuletos. Es mejor que tener uno, y mejor que nada. Hagámoslo.

—Excelente —dijo Josfat.

—Tomaré mis armas —dijo Roamán andando hacia el armario.

—Y las mías —dijo el jorobado Pitt siguiéndolo.

—Toma lo que necesites —le dijo Josfat a Alina, apuntándole al armario.

—Momento. ¿Vienen todos?

Roamán tomó un mazo de madera con punta metálica llena de picos y agarradera cubierta en cuero. Se lo ciñó pasándolo por un anillo de su cinto.

—No nos lo perderíamos por nada del mundo —dijo.

16. LA INVOCACIÓN

—HAGAMOS LOS HONORES —dijo el viejo Pitt.

En el extremo derecho de la guarida había una mesa con varias tazas, tazones, una jarra de barro, dos botellas de vino, y un cuenco grande con fruta.

Josfat tomó un melón y, con su daga, lo partió por la mitad. Al fruto le habían hecho previamente un sutil agujero delgado.

—Si alguien entra a robarnos —dijo Josfat—, van a buscar primero en los libreros. Luego buscarán algún tablón falso, una piedra mal puesta. Detrás de los escudos, o en los armarios. Pero difícilmente buscarán dentro de un tazón de fruta a plena vista.

En el centro del melón, una bolsita. Sacó dos pendientes. El dije era una muela humana. Había visto tantas cosas asquerosas, cuerpos muertos y mutilados, que al ver los amuletos ni siquiera esbozó una mueca.

—Estos son —dijo Josfat.

—¿Cómo se activan? ¿Alguna frase, algún hechizo?

—No necesitan activarse. Solamente te los pones en el cuello. Eso es importante, tenerlo en el cuello, de lo contrario no funciona. Ten uno —le dijo.

Ella lo tomó, lo miró de cerca y lo guardó. Por lo menos tenían un par de armas en contra del brujo. Se sentía incómoda al no tener sus propias armas. Seguía vestida con las túnicas de erudita, no llevaba puesto su cinturón táctico, aunque afortunadamente encontró en el armario una excelente espada de empuñadura adornada con listones verdes. Pero no era la suya. No había practicado con ella. De todas maneras sentía bien el peso, el balance. Una espada cara, bien hecha.

—Esa es una excelente espada, misri —le leyó la mente Roamán—. Perteneció a...

—No creo que sea relevante saber quién era su dueño anterior —interrumpió Pitt. Roamán se encogió de hombros.

—Es importante recalcar —continuó el viejo Pitt, todavía chupando su pipa—, que al primer uso de los amuletos, dejarán de funcionar a medianoche.

—Y que no estamos completamente seguros de que funcionan —dijo Roamán—. Ahora que lo pienso, debimos haber probado uno, para estar seguros..., pero tendríamos uno menos.

—El que no arriesga no gana —dijo Josfat guardando el otro.

—::—

A media legua de la muralla suroeste, en las faldas de una ladera rocosa había un teatro abandonado y en ruinas. Se acercaron escondiéndose detrás de las rocas y matorrales.

¿Cuánto faltaba para la medianoche? A juzgar por la luna, poco.

—Los runaritas se reúnen aquí en luna llena —dijo Josfat—. Pero tienen una madriguera abajo del teatro. Una pagoda subterránea.

—¿Tan cerca de la ciudad? —dijo Alina—. Me sorprende que los Devotos no la hayan encontrado e incendiado.

Los Devotos eran una orden religiosa que servía a la Iglesia de la santa unción. Eran monjes guerreros que dedicaban su vida a defender la enseñanza pura y proteger tanto a la Gran Ungida como a todas las ungidas del reino. Tenían una concesión especial de la Corona para ir armados y ejecutar justicia, aunque nunca la pena capital excepto por el permiso de alguna madre visora. Sin embargo, podían usar fuerza letal para defender a las ungidas o defenderse ellos mismos.

—Quizás lo hagan —dijo Pitt—. Pero los runaritas son similares a nosotros en que tienen diversos lugares listos para pasarse al que sigue.

—¿Cuál es el plan, jefe? —pregunto Roamán a Jofat.

—El plan es que ustedes me siguen —dijo Alina.

—Perfecto, jefa —respondió Roamán—. Te seguimos el paso de cerca.

—Con ojos de lechuza, por si hay algún vigía.

—Si veo uno, le atravieso el pecho —dijo Roamán, que además de su espada tomó arco y aljaba, además de un par de dagas. Alina, Jofat y el jorobado Pitt llevaban espada y daga.

—Vamos, pues —dijo Alina.

—Y que haga la Madre lo que bien le parezca —musitó Roamán.

Descendieron por la ladera en fila recta, y al llegar al teatro adoptaron posición de triángulo, con la mercenaria al frente, Jofat a la izquierda, Pitt a la derecha, Roamán, con flecha encajada en el arco, cubriendo la retaguardia. El resto con acero en la palma.

Las gradas de piedra estaban construidas en la ladera misma, a las cuales se podía acceder por escalones a los extremos. La tarima, de piedra también, tenía accesos por ambos lados. Se acercaron por el derecho.

Jofat apuntó a unos escalones que, por la lateral de la tarima, descendían hacia las profundidades de la tierra.

Encender luz podía ser peligroso, pues avisaría su aproximación. Tendrían que andar en completa oscuridad.

—Sígueme —murmuró Alina.

Serían unos quince escalones. Llegaron hasta abajo sin toparse con nada, sin escuchar ruido alguno. Avanzaron y, gradualmente, un sonido llegó a sus oídos. Eran voces cantando, un cántico lento y melancólico. Allá adelante varias luces estaban encendidas. Llegaron hasta un arco de piedra alto, por el que podrían entrar unas tres personas a caballo al mismo tiempo. Alina se asomó.

Eran diez. Vestidas de negro con túnicas largas que ocultaban tanto sus manos como sus pies, aunque no sus rostros. Estaban de pie alrededor de una mesa circular llena de velas encendidas. Sobre la mesa varias copas de plata, un tazón con un líquido oscuro, y el libro.

El cuarto era grande. Además de las velas en la mesa, lo iluminaban antorchas empotradas en las paredes, las cuales eran lisas y garabateadas con lo que Alina reconocía como símbolos ocultistas.

Los diez hombres cerraban los ojos. El hechicero guiaba el cántico con ambas manos alzadas. Luego se detuvo, abrió los ojos y los demás lo imitaron.

—Por el Espectro —dijo el hechicero mirando el libro—. Por el Espectro y sus espíritus, invocamos hoy.

—Invocamos hoy —respondieron todos.

—Espíritu de Beladuz, escúchanos hoy.

—Escucha nuestro ruego.

—Espíritu de Sairoadán, oye nuestra súplica.

—Oye nuestra súplica.

—Poderoso señor verdadero, que amas a los que son tuyos y los beneficias con poderes, escúchanos hoy.

—Atiende a nuestro llamado.

—Tú, que has vencido a la Madre y asesinado a sus hijos, desciende sobre nosotros.

—Desciende..., desciende..., desciende...

Protégenos, Madre, pensó. El vello en su nuca se erizó. Detrás de ella Roamán susurró una interesante mezcla de maldiciones e invocaciones de protección. Pitt respiraba más fuerte, y Josfat le dijo al oído:

—Mejor actuar pronto, antes de que esto se ponga peor.

Alina sacó el amuleto y se lo colocó alrededor del cuello. Lentamente, para no alertarlos, desenvainó.

17. LOS ESPEJISMOS

ALINA ENTRÓ EN el salón esperando de ellos una reacción inmediata. Pero ni siquiera la notaron. Estaban absortos en su ritual. De reojo miró a Jofat, que agitó la cabeza, como diciendo: *Ni idea*.

—A ver, amigos —dijo Alina, en voz alta—. Vamos terminando el numerito.

La cofradía del pacto se puso junto a ella con las armas listas. Los runaritas tenían un semblante de asombro, excepto el brujo; su cara reflejaba ira.

—¿Qué están haciendo aquí, por todos los demonios? —preguntó el brujo.

De tres zancadas Alina se puso junto a él, con el filo en su garganta. Jofat, Roamán y Pitt rodearon a los sectarios, armas cerca de los cuellos.

—Tú tranquilo, que nos largaremos pronto y los dejamos a que sigan jugando a los pactos con el demonio.

—Este es un ritual sagrado, ¡no se puede detener! ¿Quieres que el Espectro condene eternamente nuestras almas?

—No, solo quiero el libro. Si me disculpas... —Estiró la mano para hacerse de él. Reparó en el movimiento sutil de la mano derecha del hechicero, quien en un pestañear sacó un puñal escondido en su cinto y por poco se lo clava en el estómago.

Alina intentó cortarle el cuello de un espadazo, pero él saltó hacia atrás y ladró una palabra que no reconoció. Abrió la mandíbula y de su boca, como si fuera un dragón, salió una llamarada de fuego, una escena sacada de la peor de las pesadillas.

Cerró los ojos cuando el fuego la alcanzó y gritó, esperando el dolor de ser quemada viva. De todas las formas de morir, imaginaba esta era de las peores, junto con ahogarse o ser enterrada viva. En lugar de incendiarse, un escalofrío fuerte le recorrió el cuerpo, y cuando el brujo cerró la boca ella seguía con vida, aunque algunas partes de su túnica estaban chamuscadas.

Santísima Madre. El amuleto funcionaba.

El hechicero se llevó ambas manos a la garganta y comenzó a toser, parecía que se ahogaba.

Un grito a sus espaldas. Era uno de los sectarios que acababa de recibir una flecha en el corazón. Pitt degollaba a otro, y Jofat le clavaba a un tercero la espada entre los omóplatos. El resto desenfundaba dagas y se preparaba para contraatacar.

El brujo aprovechó la pequeña distracción y se lanzó contra Alina, pero ella desvió sin mucho problema.

—Estoy protegida, brujo.

—¿Segura? —dijo con voz ronca. Le lanzó el puñal que, girando en el aire, se clavó en su hombro derecho.

Dolor. Intenso dolor.

Algunas veces, cuando recibía una herida en medio de una refriega, no la sentía hasta después. Pero no en esta ocasión. La daga se clavó hasta la mitad. Se la sacó, con una mueca y gruñido.

El brujo corría pero no hacia la salida sino al extremo del salón, evidentemente en busca de algún tipo de arma.

Por una fracción de segundo consideró coger el condenado libro, dar señal de retirada y escabullirse de allí lo más rápido posible. Pero indudablemente el brujo y sus seguidores saldrían pisándoles los talones. Mejor lidiar con él, y con ellos, de una vez.

Así que lo persiguió.

A sus espaldas oía los gritos de batalla. Eran ahora seis contra tres. Sabía que Josfat era un buen esgrimidor, probablemente entrenado formalmente, posiblemente en el ejército o con tutores. Pero nada sabía sobre Pitt y Roamán.

Ojalá no los maten.

Tenía menos de un día de conocerlos, pero le agradaban los dos, mejor incluso que Josfat que, a su pesar, le caía ya mejor que hace unas pocas horas.

Efectivamente, el brujo agarró una lanza de hierro recargada en la pared y la encaró.

—Tira el arma, hechicero, o los mandaremos a todos al infierno. Te juro por la Madre que lo haremos.

—¿Al infierno? —preguntó, sonriendo—. Es exactamente a donde pienso ir. Pero todavía no.

—No tiene caso que me enfrentes. Tu hechicería no funciona conmigo, y no podrás matarme con esa lanza.

—Yo solo, no.

Sonrió, enseñándole los dientes hasta los colmillos, como una serpiente humanoide. Entonces se dividió en tres. Como un organismo con capacidad de replicarse por sí mismo.

—¡Diosa Madre! —dijo Alina. *Maldito sea el Espectro y todos sus espíritus.* Si antes había albergado alguna sospecha de la realidad de la magia y la hechicería, se había esfumado. Parpadeó varias veces, pensando que quizás era un juego de su mente. Pero no. Ahora frente a ella, tres brujos idénticos. Bueno, casi. Los dos que habían surgido tenían los ojos completamente rojos.

Si salgo de esta, tendré interesantes pesadillas los próximos meses... ¡o años!

Ese era el mejor momento para efectuar la retirada. Para salir corriendo tan rápido que solo quedara en el aire su propio polvo. Sí, es verdad, le pagarían unos buenos talanes por el libro. Pero al Benefactor se le olvidó mencionar la posibilidad de que recuperar el código incluía luchar contra hechiceros con la capacidad de dividirse en tres. Pequeña e importante omisión.

Antes de que se diera la vuelta, los dos engendros la atacaron al mismo tiempo. Afortunadamente en la mano izquierda llevaba la daga que le hirió el hombro, y con ambas armas se defendió del ataque doble. El dolor se intensificó con cada golpe.

Lanzó dos espadazos contundentes contra uno, haciéndolo retroceder, al mismo tiempo que hizo volverse al otro con una patada de talón al pecho. Esperaba no sentir nada, que su pie pasara al engendro como si estuviera hecho de humo, pero no; golpeó carne y hueso.

Aprovechó para ver el estatus de sus compañeros.

Ya eran tres contra cuatro, gracias a la unción. En este preciso momento Roamán, con el mazo, desarmó a uno de los sectarios para luego hacer descender su arma con ambas manos y reventarle el cráneo. Era un hombre extremadamente fuerte, y la cabeza prácticamente explotó como si fuera un huevo, los fragmentos de hueso y materia gris salpicando las ropas del grandote que estaba en éxtasis. Su semblante ya no era el de un niño, sino el de un guerrero asesino.

El viejo Pitt peleaba como el joven Pitt, con la elegancia y destreza de un maestro de armas. Empuñaba una espada delgada como de esgrima pero con filo por un lado, y avanzaba sobre su enemigo con la mano izquierda levantada hacia atrás, para balancearse mejor. No pudo ver a

Josfat, solo lo escuchó luchando.

Uno de los engendros intentó clavarle la lanza en el muslo, ella se hizo a un lado y le dio una patada que pegó en el bíceps. Detrás de los dos de ojos rojos, con la espalda a la pared, el brujo mantenía los párpados cerrados, hacía ademanes con los dedos y musitaba entre dientes algún hechizo para mantener con vida a sus copias.

No podrá mantener este hechizo por mucho tiempo. Se desmayará, o algo, pensó. Hasta que eso sucediera lidiaría con los dos enemigos que la embestían con fuerza y destreza. Alina se movía deslizándose y dando saltos, siempre buscando pelear contra uno a la vez, y no contra los dos al mismo tiempo, porque eso sería su muerte.

—¡Vengo detrás de ti! —dijo Josfat, y pronto se unió a la batalla contra uno de los ojos rojos.

—Son espejismos —dijo el ladrón—. Inmortales a menos que matemos al brujo.

—¿Qué? *¿Inmortales?*

—Son de carne y hueso, pero seguirán luchando aunque les cortemos la cabeza o les atravesemos el corazón.

Atrás de ellos, Roamán exclamó:

—¡Ya muérete, hijo de Beladuz!

Al parecer el grandote batallaba para deshacerse de su rival. *Madre ungida, esto va bien*. Si esos engendros, esos espejismos, recibían su vida del brujo, de manera que no tenían alma, y por lo tanto no morirían con una herida, significaba que podrían continuar luchando por tiempo indefinido y sin menguar sus fuerzas, a menos que mataran al brujo o él terminara el hechizo.

—¡Encárgate del brujo, yo de los espejismos! —exclamó Josfat. Era una buena idea. Por desgracia, al momento de decir eso, la lanza de su enemigo se incrustó en su estómago.

18. EL RECTO

ESTUPEFACTO, JOSFAT CAYÓ al suelo.

Roamán lanzó un grito de pánico.

El ojos rojos iba a rematarlo pero Alina, dando un salto, le cortó la cabeza a medias, quedando ésta sujeta al cuello por una triza de piel, así que pendía sobre su pecho. Al no poder ver bien, la lanza descendió sin incrustarse en la cabeza del ladrón, sino a un lado.

La punta de la lanza del otro espectro la alcanzó en la cadera. Alina, gritando de dolor y de furia, desarmó al ojos rojos cortándole ambas manos. El engendro gesticuló no de dolor, sino de rabia, y se lanzó sobre ella quizás con la intención de morderla, pero Alina le clavó la espada en un ojo, la daga en el otro. Ya no podría ver.

Al sacar las puntas metálicas de las cuencas de su enemigo, el brujo, que había estado musitando su encantamiento, abrió los párpados. En ese momento los dos engendros se hicieron polvo, se desmoronaron y de ellos quedó un montón de tierra.

Alina jadeaba. Su brazo izquierdo hormigueaba, la sangre bajándole de la herida y rociando el suelo. Se inspeccionó visualmente el corte en la cadera, pero no podía ver la profundidad del tajo, aunque le dolía mucho. Su visión se llenaba de puntitos negros.

Tenía que deshacerse del maldito mago, quien al igual que ella resoplaba con fuerza y tenía la cara pálida, apunto de desmayarse. Pero todavía se aferraba a su lanza.

Josfat, a tres pasos de ella, gemía en el suelo. Estaba vivo y atendía a su propia herida. Sacó un vial con un líquido espeso que derramó sobre su lesión.

Roamán y Pitt seguían peleando.

—Si rinden sus armas, los dejaré ir —dijo el brujo—. Lo prometo por mi alma, por el Espectro y por sus espíritus. Tomaré el libro y le diré a mis hombres que me sigan.

—De ninguna manera. Suelta la lanza, maldito hijo de tu...

—¡No tienes idea de lo que ese código puede hacer! ¿Para qué lo quieres? ¿Por dinero? Tengo dinero. Dime cuánto te dan, y te lo daré al doble.

—No te creo.

No, no le creía. Es decir, no dudaba que tuviera ese dinero disponible, pero estaba segura que en el momento en que dejara caer la espada y daga, la lanza se enterraría en su pecho, después en el de Josfat, para luego ir y acabar con Roamán y Pitt.

—¿No me crees? ¿Qué piensas, que quiero ese libro para coleccionarlo, como tu Benefactor? *Diosa. Sabe más de lo que pensé.*

—Ese libro no es para leer —continuó—. Es una reliquia. Una vía de comunicación. ¡Nos pertenece!

—Si ya estás poseído por el Espectro, ¿para qué lo quieres?

El brujo agitó la cabeza:

—¿De qué..., de qué rayos hablas? ¡Ese libro es una vía de comunicación con Runar! ¡Lo traeremos de vuelta, y no lo podrán impedir, malditos infieles!

La apuntó con los dedos extendidos de la mano izquierda, de donde salió un relámpago. Esta vez, sin embargo, el golpe eléctrico le dio en el tórax. Salió impulsada hacia atrás y cayó de espaldas.

Abrió los ojos, pero no vio nada. ¿Estaba ciega? Le dolía el cuerpo entero. Cerró los ojos con fuerza, los abrió de nuevo y esta vez le regresó la vista, para ver al hechicero acercarse a ella, aunque tambaleante.

¿Qué pasaba? ¿Por qué no funcionó el amuleto? Solo se le ocurría una respuesta: había cruzado la medianoche y por lo tanto ya no estaba protegida.

Intentó ponerse de pie, sin lograrlo. Temblaba. Había perdido la espada, pero no la daga.

Su mirada se tornó negra con puntos luminosos, miles de ellos, al recibir un segundo golpe de electricidad. No escuchó su propio grito, pero sabía que gritaba. El dolor era de cientos de alfileres incrustándose en cada parte de su piel, desde la cabeza hasta los pies, no solamente por fuera si no también por dentro, en sus órganos, si eso era posible.

Vomitó, un líquido rosado que le bajó por el cuello. Y se preparó para morir.

Maldijo al Benefactor. Sin embargo, en esos últimos momentos de vida reconoció que si tuviera que hacerlo de nuevo, lo haría. Al final, ella era una mercenaria, y moriría como una. Estaba bien. Así era la maldita vida.

El hechicero, de pie frente a ella, usaba la lanza como bastón para no caerse. Las manipulaciones le cobraban factura, pues su cara estaba amarilla y chupada, los pómulos resaltados, las mejillas hundidas, y los labios sin cubrir los dientes. Un esqueleto con una fina cubierta de piel.

—Púdrete —murmuró Alina, sentada y recargada sobre su palma detrás de ella.

El brujo agarró la lanza con ambas manos y la levantó por encima de su cabeza, una expresión en su cara imposible de descifrar pero terrorífica.

El hechicero no pudo ver que detrás de él Josfat se puso de rodillas, y con ambas manos ensangrentadas al igual que sus túnicas, se acercó a duras penas, dejando un manchón de sangre tras él, sacó una daga del cinto y se la enterró al brujo por el recto.

—*Agghhhg* —salió de la boca abierta del hechicero.

Alina, sorprendida al percatarse de la daga que seguía en su mano izquierda, haciendo un esfuerzo que le pareció descomunal, se impulsó hacia adelante y le introdujo la daga, el filo entrando justo por debajo de las costillas y perforándole al mago el corazón.

19. EL DINERO

UNOS DÍAS DESPUÉS...

Un placentero día sin nubes. El sol descende en el horizonte, encima del mar, proveyendo un hermoso atardecer al puerto de Xulde. Algunos barcos mercantes terminaban sus labores, con los marineros moviéndose rápidamente en cubierta o subiendo y bajando las pasarelas, bajo la dirección de sus capitanes o segundos de abordó. Los mercaderes hacían sus últimos intentos por vender a los transeúntes que andaban por la acera o la plaza adoquinada, vociferando lo que vendían y los precios que habían bajado considerablemente desde esa mañana. Varios niños jugaban con una pelota de trapo, bajo la supervisión de nadie en particular. Algunos jóvenes bien vestidos conversaban entre ellos, tres hombres y dos mujeres, en una esquina. Un solitario soldado daba rondines, con lanza en mano.

Alina admiraba el atardecer sentada en una banca con vista al mar, los barcos a su izquierda, el castillo a la derecha. Era una tarde fresca, así que se arropó con la capa para evitar escalofríos. Todavía le dolían un poco las heridas en el cuerpo, en especial la de la cadera. Por la gracia de la Madre, ambas lesiones, hombro y cadera, estaban curándose bien. Aunque todavía cojeaba, de acuerdo al cirujano no tendría problema para caminar con normalidad en el futuro cercano.

En esta ocasión el Benefactor se acercó de manera que ella pudiera verlo. Iba, como siempre, elegantemente vestido, hoy con medias blancas, túnicas azules casi negras, sombrero negro con pluma verde, capa gris con broches de oro, y una bufanda de seda cubriéndole la mitad del rostro.

—Alabada sea la Madre que nos concede un día espléndido —dijo al sentarse.

Alina hizo la señal de la invocación. Sin rodeos le pasó el libro, el cual él tomó y guardó dentro de sus túnicas, sin mirarlo.

Después de un momento de silencio, el Benefactor dijo:

—¿Cómo está Josfat y sus camaradas?

—Bien —respondió sin preguntar cómo lo sabía—. Josfat tenía una herida bastante fea en el estómago. Cuando matamos al brujo, los dos sectarios que quedaban se rindieron, y los dejamos ir. Necesitábamos ayuda pronto, pero era pasada la medianoche.

—Así que fueron con la ungida.

Maldito sea, está en todo.

—Sí. El templillo de siana Larani nos quedaba cerca, así que acudimos. Gracias a la Madre, siana Larani me había proporcionado direcciones para llegar.

—Buena decisión. No solamente es ella una excelente madre, sino que además es una curandera excepcional.

—Así es. Nos recibió en sus aposentos incluso a esas horas y, para sorpresa mía, es prácticamente una cirujana. Según lo que nos dijo, aprendió por ella misma, pero lo dudo.

—Es una mujer autodidacta, aunque también ha sido adiestrada por mentes brillantes. Es una

lástima que la hayan relegado a ese pequeño templo. Aunque, a veces me pregunto si no fue por otras razones...

Alina se encogió de hombros:

—Ella nos atendió, tanto a mí como a Josfat, aunque él necesitó que le lavaran bien y le cosieran la rajada. Pienso que de tardar más tiempo, quizás se habría desangrado. Yo por poco no llego. Pitt me puso un torniquete y me ayudó a caminar. Roamán llevó a Josfat cargado sobre el hombro, como costal de papas.

—Roamán es extremadamente fuerte.

—Sí.

—¿Al siguiente día fueron a la enfermería?

—Así es, a la más cercana. El cirujano, sin embargo, nos dijo que ya habíamos sido bien atendidos, y que lo único que restaba era reposar e inspeccionar las heridas, para que no se infectaran. Josfat protestó mucho, pero al final pasó allí tres noches, cuidado por Roamán y Pitt.

—Se pondrá bien. La herida fue profunda, pero no perforó órganos vitales.

—Por la gracia de la Madre.

Un silencio extendido. El sol se reflejaba en el mar, preparándose para esconderse.

—Olvidaste decirme que el runarita era hechicero —dijo ella—. Por poco me mata.

El Benefactor dudó:

—Tampoco yo lo sabía —dijo.

—¿No? —Eso le sorprendía. Normalmente parecía saberlo todo.

—No.

—¿Sabías que el libro es una reliquia?

—No estaba seguro. Lo sospechaba, pero certeza. De todas maneras, todavía no lo sabemos.

—¿Cómo que no? El brujo lo dijo.

—Lo dijo, sí. ¿Pero lo viste? ¿Lo verificaste?

Ella lo pensó un momento:

—No, ahora que lo mencionas. Simplemente me dijo que era una vía de comunicación con Runar.

—Interesante.

—¿Eso qué significa?

—Tampoco estoy seguro. Habrá que investigarlo —respondió, evasivo.

Alina se encogió de hombros. La realidad es que no le importaba demasiado. Recibiría su dinero al cumplir con la misión. Dejaría las cuestiones de reliquias mágicas, hechiceros y manipuladores a otras personas. Eso no le concernía a ella.

O por lo menos, eso pensó aquella tarde. Estaba equivocada, pero no podía saberlo todavía.

—Eso concluye nuestro negocio —dijo ella, preparándose para ponerse de pie.

—¿Una vía de comunicación con Runar, dijo?

—Eh, sí. Eso fue lo que dijo..., que lo traerían de vuelta y que nadie lo podría impedir.

El Benefactor asintió lentamente. Luego agregó:

—Incluí un pequeño extra, por eso de casi morir a manos de un hechicero.

Alina, sonriente, guardó la bolsa con dinero, que se sentía pesada.

Ambos se pusieron de pie. El Benefactor le extendió la mano y ella la estrechó.

—¿Ya tienes planes para ese dinero?

—Creo que compraré un libro caro. O dos. O tres.

—Pensé que estarías harta de libros —dijo, sus ojos sonrientes.

—Nah —respondió, segura—. ¡De eso nunca!

AL LECTOR

ESTIMADO LECTOR:

Espero hayas disfrutado esta novela.

Si ha sido de tu agrado, será de mucha ayuda que puedas reseñarla en línea. Aunque toma unos pocos minutos hacerlo, esta acción, si bien pequeña, hará que más personas puedan descubrir las aventuras de Alina Araluz.

No olvides darle un vistazo a mis otras novelas, que espero disfrutes de leer tanto como yo disfruté escribirlas.

Gracias,

J. J. Villarreal

SINOPSIS

NO TE PIERDAS «[Traidora](#)», el segundo episodio de la serie «Mercenaria».



Alina Araluz, la mercenaria a quien llaman la Sombra, pensaba que sería otro de esos días que tanto le gustan: una tarde apacible fumando pipa y bebiendo aguardiente con su amiga, siana Larani, la madre ungida. Vaya que estaba equivocada.

Su amiga ha desaparecido. ¿Está muerta, o ha sido raptada? Temiendo lo peor, Alina investiga. No sabe que está por encontrarse con algo que no imaginaba. No solamente tiene que buscar

desesperadamente a su amiga, sino también recuperar un extraño objeto que ha sido robado, una misteriosa reliquia que en las manos equivocadas podría poner en riesgo la vida... de todo el reino.

Adéntrate en el segundo episodio de «Mercenaria», la nueva saga de la pluma de J.J. Villarreal. Una aventura llena de acción para los amantes de la fantasía épica.

Disponible en [Amazon y Kindle Unlimited](#) a partir de otoño 2024

OTROS LIBROS

OTROS LIBROS POR J. J. Villarreal

Serie «[Guerrero dragón](#)»:

El despertar del dragón

El guerrero dragón

La reliquia del dragón

La venganza del dragón

La resurrección del dragón

Serie «[Crónicas de Casten](#)»:

Las crónicas de Casten (Casten vol. 1)

El amuleto (Casten vol. 2)

El agorero (Casten vol. 3)

Todos disponibles en Amazon y Kindle Unlimited

Notes

1. El talán es la moneda de Zurmeldán, equivalente a un día de salario, aproximadamente. «Talán», en la lengua como, significa «peso».
2. Aprox. 60 cm.
3. En zumel medio, «adoni» se usa como título de cortesía a hombres.
4. En zumel medio, «misri» se usa como título de cortesía a mujeres.
5. Siana significa «ungida» en zumel antiguo.
6. En Zurmeldán con frecuencia se le llama «manipulación» a la magia, por la creencia de que un mago o hechicero (o manipulador) tiene la habilidad de moldear los elementos a su voluntad. El término fue acuñado por el místico Hemán El'zond en su libro *Crónicas de Argoth*, popular tomo que relata las aventuras de una Orden justiciera en un territorio lejano.
7. Uno de los muchos nombres del Espectro.
8. «Templillo» es como se le denomina a un templo muy pequeño, como una capilla.